

Alfredo Guevara: No es fácil la herejía. Un perfil a varias voces (Dossier completo)

Por Julio César Guanche



Alfredo Guevara y Michelangelo Antonioni. (Septiembre de 1959).

Alfredo Guevara es uno de los principales ideólogos de la cultura del socialismo en Cuba y América latina. Por lo mismo, fue un singular formulador de políticas culturales para su país y la región. Sus ideas sobre cuál debe ser la relación entre los intelectuales y la política, y entre la política y la cultura, lo diferenciaron de otras tendencias sostenidas en el campo cultural cubano y global del mismo lapso, en contra de la “mortaja” del estalinismo y a favor de la autenticidad crítica del pensamiento propio a la vez que universal.

Guevara sintetiza una cuestión básica para las filosofías revolucionarias: cómo construir y defender un proyecto común desde la afirmación de la radical individualidad, cómo hacer compatibles la libertad con la justicia, y cómo defender la cultura revolucionaria como *herejía sistemática*. Como muy pocas figuras de la Revolución, él mismo fue un puente en la relación entre la herejía del poder—*la herejía que está en el poder y que es aún el poder*

mismo —, y el *status quo* revolucionario, al momento que deja de ser la ruptura el elemento fundamental y un nuevo orden se instituye.

El *dossier* que hoy presentamos en **OnCuba** es un homenaje analítico a Alfredo Guevara Valdés (1925-2013). El conjunto de textos va a contracorriente de las celebraciones de aniversarios “cerrados” o de la cita que aplique a algún evento puntual. Busca algo más general: recordarnos que el presente no va de salto en salto, de aniversario en aniversario, sino que es una corriente que resume en su contemporaneidad historia y presente. Como decía el propio Guevara, la actualidad no es solo el presente: el presente es lo actuante, lo que es capaz de ofrecer alternativas desde el pasado para pensar las opciones de futuro.

Una necesidad del presente nacional es producir diálogos colectivos, conversaciones horizontales, debates que organicen la torre de babel de los lenguajes y las expectativas que se multiplican en el país. Este dossier ha preferido testimoniar y a la vez interpretar a Guevara, desde una multiplicidad de voces que son capaces de mostrar diferencias a la par que producir coincidencias.

Hemos convocado a cerca de una veintena de intelectuales con conocimiento directo de la vida y obra de Guevara para pensar varios temas centrales en sus desempeños: los por qué de la idea del “cine es un arte”, el concepto de cultura, la noción del socialismo, las necesidades del debate público cubano y cómo procesar la diferencia generacional, entre otros. El dossier invita a cuestionarse, desde el legado de Guevara, los problemas que hoy existen entre intelectuales y artistas y el poder, y los dilemas que experimenta **el poder respecto al proyecto**.¹

Abre la serie un texto de Ignacio Ramonet, periodista y escritor, profundo conocedor de la biografía de Guevara, y le siguen otros dos escritos a muchas voces que presentan un mosaico de puntos de vista, en el cual la voz prima, el centro de gravedad, es dar testimonio sobre Guevara y reflexionar sobre la manera en que enfrentó problemas que son de su tiempo y el nuestro, sin obviar las carencias que él mismo reprodujo al hacerlo.

Este dossier no participa de ninguna nostalgia ni propone melancolías sobre alguna “edad dorada”. Sí participa de la disputa por la memoria de la Cuba de hoy y de mañana, por las apropiaciones que se intentan de su pensamiento por parte de corrientes que él mismo rechazó de modo expreso.

En ello, el *dossier* coloca a Guevara, con la responsabilidad propia de la honestidad intelectual, en la conversación que necesitamos sobre la renovación del socialismo en Cuba, algo que de modo casi “obsesivo” ocupó en particular los últimos años de su vida: un tema que defendió siempre como un programa conjunto de “libertad, justicia y belleza”. En medio de esas disputas, el *dossier* hace suya la frase del historiador francés Pierre Nora: “Ha sido lanzada la orden de recordar, pero me corresponde a mí recordar y soy yo quien recuerda.”



Alfredo Guevara, foto de Raquel Pérez.

Alfredo Guevara. Una semblanza

Por Ignacio Ramonet

Llevaba años leyéndole en la revista «*Cine Cubano*». Sus editoriales, sus textos teóricos, eran lo mejor que se escribía sobre cine en toda América Latina. Yo era entonces un cinéfilo de los de antes, rata de cinemateca, empollón de filmografías, gerifalte de cine club y fantasma de salas oscuras.

Alfredo ya era un mito. Un príncipe del Renacimiento. De la nada o casi, ensamblando ingenios de muy diversas disciplinas y revelando talentos desatendidos, había hecho renacer toda la arquitectura de una flamante cinematografía insolente, creativa y singular.

En sus primeros años, en sus primeras obras, el cine cubano poseía la impertinente frescura de la propia revolución. No me refiero sólo a las obras de ficción, muy escasas entonces. Sino

a lo que abundaba, los documentales, los reportajes, los noticieros. Ellos constituían el mejor espejo, el mejor reflejo de la principal *creación cultural* producida por la revolución, o sea: los discursos de Fidel.



Fidel Castro y Alfredo Guevara, circa 1962.

Nadie sabía eso mejor que Alfredo. Si el cine pertenecía a la cultura de masas, y si, en ese sentido, era una herramienta susceptible de influenciar y de transformar las mentalidades, los cineastas debían inspirarse de aquello que, en la Nueva Cuba, estaba transfigurando el país, o sea, repito, los discursos de Fidel.

Fidelista de la primera hora, de antes mismo de que el propio Fidel tuviera conciencia de su singularidad política, Alfredo admiró siempre en él su total desparpajo para cambiar las cosas. Su ética. Su elegancia. Su cultura. Su genialidad creativa en la manera de hacer política. Su increíble rapidez en entender un problema, hallar una solución, aplicarla y sacar la teoría del asunto. Todo ello a la velocidad de un latigazo.

De eso hablamos cuando me lo encontré por primera vez en París en el otoño de 1972. En casa de una amiga común, Anne, escritora y reciente viuda del actor más popular de Francia, Gérard Philipe. Por casualidades de la vida, teníamos otras amistades compartidas. Especialmente tres: Alejo Carpentier y su centelleante esposa Lilia. Y Saúl Yelín, director de relaciones internacionales del ICAIC, que yo había conocido muy bien en Rabat, en la residencia del primer embajador de Cuba en Marruecos, el inolvidable Enrique Rodríguez-Loeches.



En la foto de la izquierda: Raúl Castro, Alfredo Guevara, Vilma Espín, Anne y Gérard Philipe. En la siguiente imagen: Alfredo Guevara, Raúl Roa García, Lilia Esteban Hierro y Alejo Carpentier.

Ahí empezó una amistad fraterna e intelectual que iba a durar más de cincuenta años... Le debo enormemente. Alfredo tenía idéntica edad que Fidel y veinte años más que yo. No pertenecíamos a la misma generación. Pero nos unían dos temas polémicos, centrales en nuestras vidas: el cine y la revolución cubana.

La victoria revolucionaria de 1959 significó, a escala internacional, una conmoción política de la que no se tiene idea hoy. En el seno de la hornada de jovencísimos líderes que llegaban entonces al poder, Alfredo, marxista del 26 de Julio, poseía la particularidad de ser quizás el único intelectual, a ese nivel, venido del mundo del arte.

A veces se olvida que estuvo entre el reducidísimo grupo de dirigentes que, cinco meses después de la victoria, en torno a Fidel y al Che, redactó la ley de la Reforma Agraria. Unos

meses más tarde, a la cabeza del recién creado ICAIC, lideró la complejísima batalla por la conquista de la hegemonía cultural *dentro* de la revolución. Contra, por un lado, el viejo partido comunista y, por el otro, los novísimos de *Lunes*. En sus determinantes *Palabras a los intelectuales*, Fidel zanja el debate y le entrega de hecho el bastón de mando al ICAIC, o sea, a Alfredo, cuyo magisterio a partir de entonces será lo más cercano al de un ministerio de Cultura (que se creará casi veinte años después...)

En nuestras conversaciones, recordaba a menudo estos dos eventos fundadores: las reuniones en la casita del Che en Tarará para redactar la ley agraria, con las irrupciones nocturnas de Fidel; y el frente cultural con la derrota de jdanovistas y esteticistas.



De izquierda a derecha, Frank Martínez (arquitecto), Alfredo Guevara, Fausto Canel y Guillermo Cabrera Infante.

Era muy radical. Incluso intransigente. Patriota cubano absoluto. Fidelista (y raúlita) integral. Muy crítico con todo. Insatisfecho permanente de cómo iban las cosas en Cuba... Pero no aceptaba de ningún modo que se abundara en ese sentido. Ni sus mejores amigos. Como si el único que pudiese enjuiciar el tema fuese él. Por estar —por definición— totalmente libre de toda sospecha.

Varias veces lo vi dudar. Me contó su íntima incomodidad cuando los tanques del Pacto de Varsovia entraron en Praga en agosto de 1968, y cuando Fidel lo aprobó... Y sus recelos cuando, poco después, la Unión Soviética recabó una influencia en Cuba que nunca antes había tenido.

Jamás le conocí una real simpatía por los soviéticos. Era excesivamente esteta. Los hallaba patanes, burdos, vulgares, toscos, pesados. Le horrorizaba la idea de que esa inelegancia y ausencia de finura contagiaran a Cuba, la enlodaran. Soñaba con un socialismo culto, refinado. La cultura era su unidad de medida. Quien careciera de ella quedaba excluido del círculo de sus relaciones.



Alfredo Guevara, Luis Buñuel y el fotógrafo Gabriel Figueroa.

Cuando se instaló en París, en 1983, como embajador cerca de la Unesco, nos vimos mucho más a menudo. La atmósfera, me contó, se había vuelto muy complicada para él en La Habana. Sus enemigos lo cercaban. Para preservarlo, Fidel lo había exfiltrado a la capital francesa. Y estaba feliz. Era muy amigo de Danielle Mitterrand, y el esposo de ésta, François, era presidente socialista de Francia desde hacía dos años; gobernaba en alianza con los comunistas.

Cuando Alfredo llegó, el debate sobre qué tipo de socialismo, desgarraba a la izquierda francesa. La política de nacionalizaciones masivas impulsada por Mitterrand no estaba dando resultado, y la popularidad de su gobierno se había hundido. El presidente cambió totalmente de rumbo en 1983, rompió con los comunistas y adoptó, como Felipe González en España, una vía neoliberal. Los debates estaban al rojo vivo. Con Alfredo y otros intelectuales

franceses debatíamos hasta altas horas de la madrugada en su gran apartamento de la Avenue Bosquet.

Yo era redactor jefe de *Le Monde diplomatique*. Alfredo venía a mi oficina a conversar con otro de sus grandes amigos, mi compañero de redacción y cómplice de mil batallas, Bernard Cassen. En aquel momento, yo estaba regresando de Polonia. Allí había ocurrido algo inaudito, estando yo presente, en agosto de 1980. Por primera vez una huelga general de obreros dirigida por el sindicato *Solidarnosc* había puesto contra las cuerdas a un gobierno comunista (en principio constituido por “representantes de la clase obrera”) que se había visto obligado a reconocer la existencia de sindicatos independientes.

Era un choque tremendo. Yo había sido uno de los primeros periodistas que había entrevistado al líder de aquel movimiento, Lech Walesa, en Gdansk. Un año después, en diciembre de 1981, el general Wojciech Jaruzelski, establecía el estado de sitio... ¿En qué se había convertido el socialismo en Polonia? ¿Qué podía ser un socialismo pilotado por los militares contra los obreros?



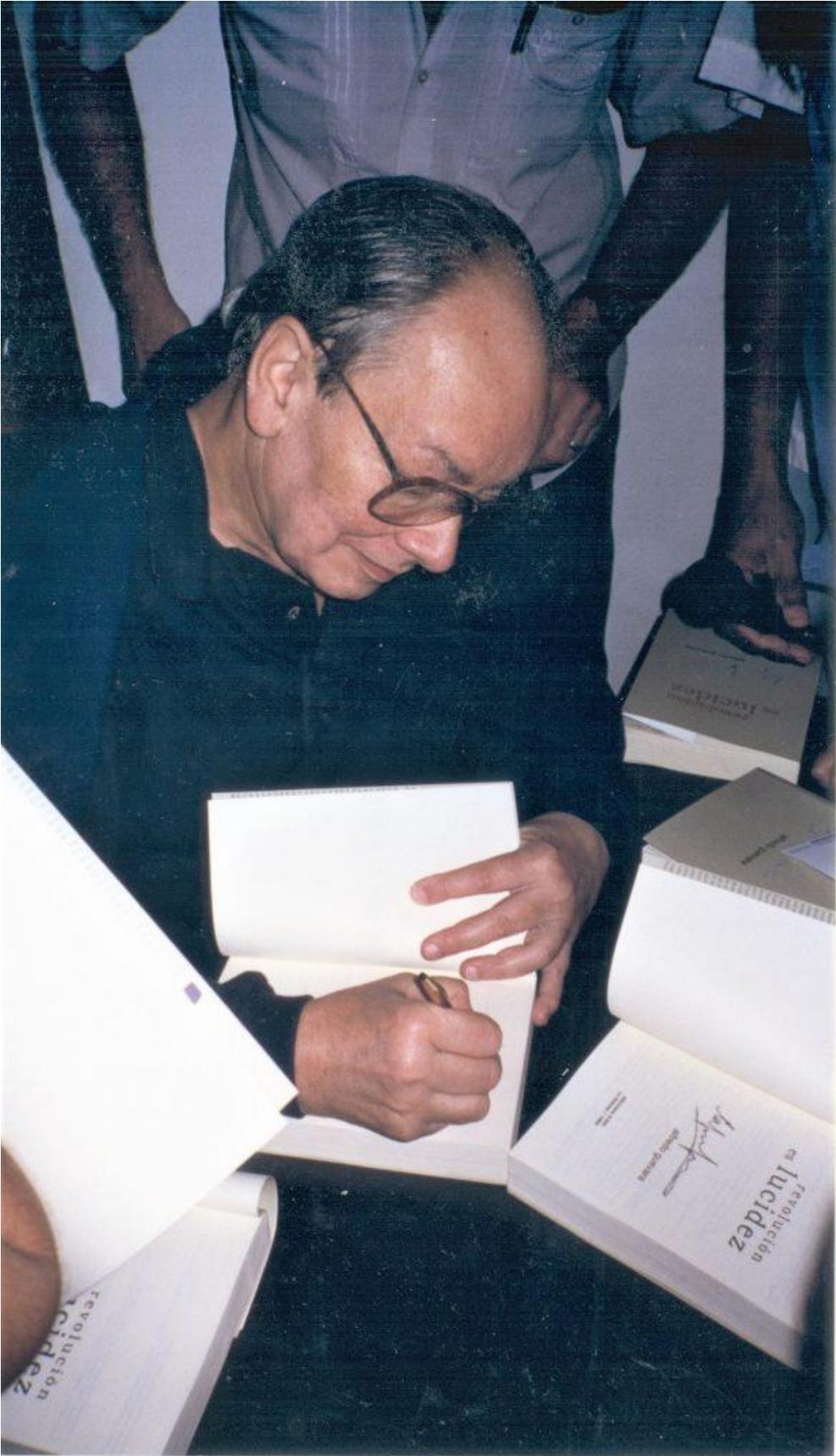
Alfredo Guevara habla ante un mitin estudiantil en defensa de la campana de la Demajagua, símbolo patrio, en la Universidad de la Habana, 1947.

En China, desde agosto de 1980, habían despegado las reformas económicas impulsadas por Deng Tsiao Ping, desde la cúspide del partido comunista, en favor del crecimiento económico, que dinamitaban el dogma burocrático de la «planificación centralizada».

Eran controversias teóricas que debatíamos con Alfredo en París a la luz de lo que estaba ocurriendo en Francia y en España con los propios gobiernos socialistas de François Mitterrand y Felipe González. Y me imagino que él debía estar pensando en cómo se repercutirían estos debates en el muy diferente contexto de Cuba y América Latina.

En esto, para complicarlo todo un poco más, llegó Gorbachov con sus teorías de la “glasnost” y de la “perestroika”. Y unos años más tarde cayó el muro de Berlín y a continuación, lo que parecía inimaginable se producía, la propia Unión Soviética implosionaba.

Estos diez años que Alfredo pasó en París, de 1983 a 1992, fueron sin duda, en el plano intelectual, los más determinantes de su vida, después del decenio estructurante y fundador de 1955-1965. En ese período, inspirado por estos debates sobre “socialismo y libertad” que acabo de citar, escribió sus dos grandes libros *Revolución es lucidez* y *Tiempo de fundación*.



Alfredo Guevara dedica un ejemplar de su libro *Revolución es lucidez*.

Cuando, en 1993, terminó su misión en la Unesco y se disponía a regresar a La Habana vino a verme a mi oficina del periódico con un enorme paquete envuelto en papel *kraft* y atado con varias cuerdas: «*Quiero que me guardes esto. —me dijo— No lo abras. Nadie sabe que lo tienes. Y no se lo entregues a nadie hasta que yo te lo indique.*» Lo metí en un cajón de mi escritorio. Y ahí estuvo cinco años. Hasta que él mismo vino a recuperarlo. Nunca lo abrí, jamás lo consulté. Eran los manuscritos y los documentos precisamente de esos dos libros, sus obras más personales.

¿Por qué me los confió? ¿Por qué no se los llevó con él de regreso a una Habana que entraba en “Período especial”? Nunca me lo confesó. Le temía a los burócratas, a los dogmáticos, a los estalinistas camuflados. Creía en lo imposible, «*en un socialismo de carácter renacentista en el que la creatividad de las personas se libere, e inunde el mundo de belleza*».

Notas:

1 La relación entre el poder y el proyecto la he tratado en *El poder y el proyecto. Un debate sobre el presente y el futuro de la revolución en Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2009, en el cual aparece una entrevista con Alfredo Guevara titulada “No seré yo quien predique prudencia”.

*** Este texto fue concebido por su autor específicamente para este dossier.**

Alfredo Guevara: No es fácil la herejía. Un perfil a varias voces (II)



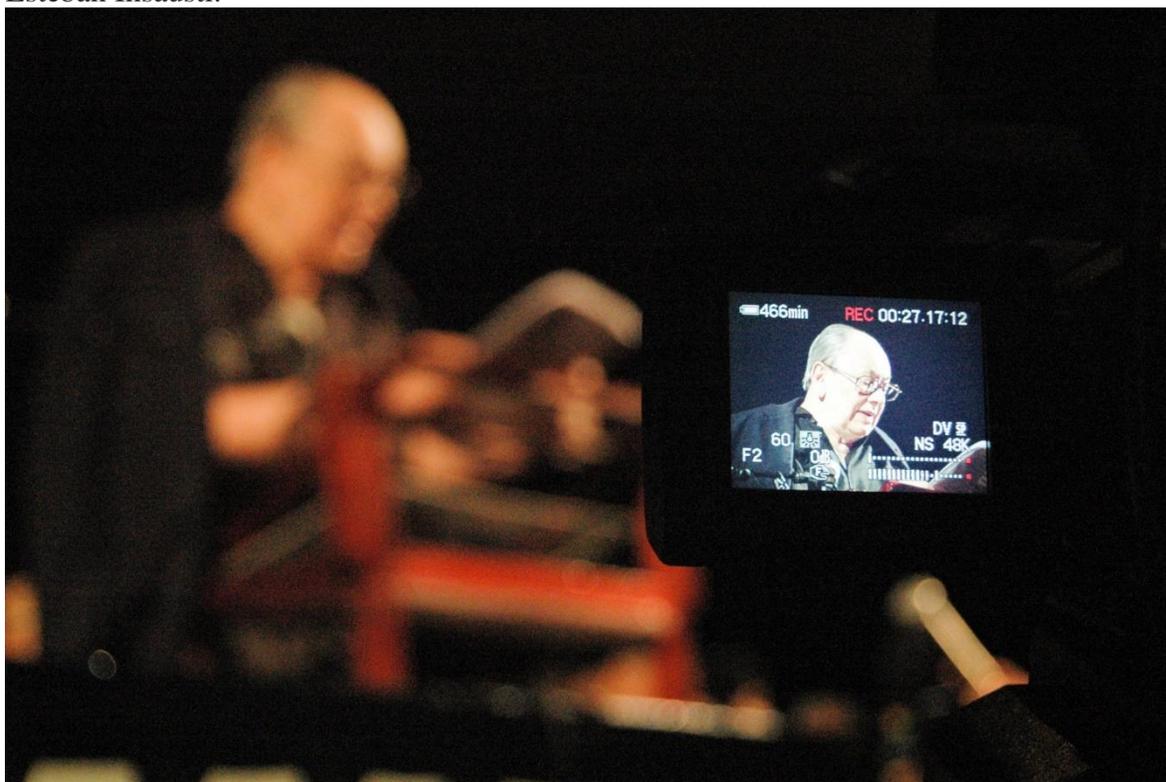
Alfredo Guevara, a su la derecha Héctor García Mesa, a su izquierda Saúl Yelín, todos fundadores del ICAIC. Foto Agnes Varda.

Por cuanto el cine es un arte

Este *dossier* no participa de ninguna nostalgia ni propone melancolías sobre alguna “edad dorada”. Sí participa de la disputa por la memoria de la Cuba de hoy y de mañana, por las apropiaciones que se intentan de su pensamiento por parte de corrientes que él mismo rechazó de modo expreso.

En ello, el *dossier* coloca a Guevara, con la responsabilidad propia de la honestidad intelectual, en la conversación que necesitamos sobre la renovación del socialismo en Cuba, algo que de modo casi “obsesivo” ocupó en particular los últimos años de su vida: un tema que defendió siempre como un programa conjunto de “libertad, justicia y belleza”. En medio de esas disputas, el *dossier* hace suya la frase del historiador francés Pierre Nora: “Ha sido lanzada la orden de recordar, pero me corresponde a mí recordar y soy yo quien recuerda.”

En esta entrega, la segunda de la serie, intervienen Iván Giroud, presidente del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano, la productora de cine Lía Rodríguez, el guionista y narrador Arturo Arango, el crítico de cine Juan Antonio García Borrero y los directores de cine Enrique *Kiki* Álvarez, Tania Hermida (Ecuador), Manuel Pérez Paredes y Esteban Insausti.



Alfredo Guevara. Foto: Kaloian.

Ese marco de ruptura y de voluntad fundacional. Iván Giroud.

La frase “El cine es un arte” es el precepto que rige la puesta en marcha del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos. De ahí que en el borrador de la Ley 169, que crea el ICAIC en marzo de 1959—redactado por Alfredo Guevara— figure este como su primer Por Cuanto.

Para la generación de jóvenes intelectuales que coincidió y se formó en los cursos de verano de la Universidad de La Habana *El Cine: Industria y Arte de nuestro tiempo*, bajo la guía del profesor José Manuel Valdés Rodríguez, esa frase era la confirmación de sus propios preceptos sobre el cine y el arte, pero no significaba lo mismo para las otras fuerzas políticas

a las cuales se enfrentaba una cinematografía que se proponía un cambio radical y de ahí su necesaria enunciación.

En su texto “Realidades y perspectivas de un nuevo cine”, publicado en el primer número de la revista *Cine Cubano* de junio de 1960, Alfredo Guevara puntualizaba “...la Ley que establece el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, no [lo hace] para convalidar una situación existente o entregar la industria a los cineastas, sino para crear a partir de un punto cero”.

Cuestionado por su negación *per se* al cine nacional prerrevolucionario, ese punto cero solo puede comprenderse en ese marco de ruptura y de voluntad fundacional.

Siete años antes, en un artículo para el diario *Noticias de Hoy* del 24 de mayo de 1953, Alfredo Guevara había escrito: “... El cine como arte ha sido ignorado [...] Puede decirse —salvo algunos intentos de la época muda, y ello muy limitadamente— que hasta hoy no hemos tenido, no ya cine cubano sino, ni tan siquiera películas cubanas”.

La idea de que “El cine es un arte” condujo la etapa fundacional del ICAIC, y fue adquiriendo inusitado valor y renovada vigencia en las periódicas confrontaciones a las que se vio obligado a sostener la primera institución cultural creada por la Revolución en sus diferentes etapas de desarrollo, desde las famosas polémicas de los años sesenta, su confrontación a las fuerzas más retrógradas en el 1er (y único) Congreso de Educación y Cultura, el intento de disolución del ICAIC en 1991 por *Alicia en el Pueblo de Maravillas*, hasta las más recientes asambleas de cineastas que reclamaban la formulación de una Ley de Cine atemperada a nuestro momento y realidad.

Precepto cardinal que ha prevalecido siempre en cada uno de estos enfrentamientos a la malsana intención de convertir al cine en un instrumento del didactismo ramplón y utilitario en el plano ideológico, que arrastra en su esencia la incomprensión de la naturaleza del arte cinematográfico y el desconocimiento de sus procesos artísticos y de creación.



Alfredo Guevara e Iván Giroud, en 1998.

Apelando al humanismo, no a ideologías de partes que obligan a estar en un bando o en otro. Lía Rodríguez.

Es una buena pregunta, que si me hubieran hecho cinco años atrás, no hubiera respondido de la misma manera. Hemos vivido años pensando que esa frase “Por cuanto, el cine es un arte” era la primera de las declaraciones que aparecían en la fundamentación de la Ley 169, de Creación del ICAIC. Hace varios años, Iván Giroud emprendió una larga investigación que

terminó en su libro, recién publicado “La historia en un sobre amarillo. El Cine en Cuba (1948 – 1964)”. Iván me pidió mientras hacía su investigación para el libro, consultar la Gaceta Oficial donde salió promulgada la Ley de Creación del ICAIC.

Con gran sorpresa descubrimos Iván y yo que en el texto original de la Ley promulgada no aparecía ese POR CUANTO; ni esa afirmación. Y que sí aparecía en las impresiones posteriores que se hicieron. Son impresiones que hace el ICAIC para dar a conocer la Ley. No conocemos obviamente la forma en que se añadió esta definición, que ha sido la que más trascendencia ha tenido. Evidentemente era importante para Alfredo Guevara que este enunciado fuera un precepto “legal”.

Los que conocimos a Alfredo no tenemos ninguna duda de que él era capaz de algo así, de hacer su pequeño “ajuste” a la Ley, para algo que él consideraba fundamental, que luego marcó mucha de las batallas que diera él, y que diéramos los cineastas con las Asambleas que se iniciaron en mayo de 2013.

Pasada la anécdota, creo que la expresión “Por cuanto, el cine es un arte” es una máxima bajo la cual vivió Alfredo. Y su consecuencia es que vivió bajo ella para lo bueno, y para lo malo. Para el que cumplió con sus expectativas y para el que no. La usó amablemente cuando creyó que algo era virtuoso, y sin que le temblara la mano cuando quisiera desterrar algo de su universo y existencia. Esta frase fue para él, escudo y estandarte. Porque, evidentemente, la quiso llevar a ese nivel de síntesis y de rotundidad.

Por otra parte, no hay que olvidar que la Ley sí tiene dos POR CUANTOS que recogen la aspiración con la que nacía el ICAIC; que ponen al arte y la creación artística en el centro de todo. Y lo hace apelando al humanismo, no a ideologías de partes que obligan a estar en un bando o en otro. Por eso, si cabe dentro del espacio que por razones prácticas nos has dado a cada uno de los que respondemos las preguntas, me gustaría cerrar con esos dos POR CUANTOS. Porque hay que volver a la fuente, y no a las interpretaciones que, a conveniencia, se hace de ellas.

POR CUANTO: El cine debe conservar su condición de arte y, liberado de ataduras mezquinas e inútiles servidumbres, contribuir naturalmente y con todos sus recursos técnicos y prácticos al desarrollo y enriquecimiento del nuevo humanismo que inspira nuestra Revolución.

POR CUANTO: El cine —como todo arte noblemente concebido— debe constituir un llamado a la conciencia y contribuir a liquidar la ignorancia, a dilucidar problemas, a

formular soluciones y a plantear, dramática y contemporáneamente, los grandes conflictos del hombre y la humanidad.



Fidel Castro, Cesare Zavattini y Alfredo Guevara, a inicios de los 1960.

**Una definición y un programa para la fundación de una nueva cinematografía.
Enrique Kiki Álvarez.**

Alfredo Guevara siempre fue un conspirador centrado en trabajar, en maniobrar, por lo que él solía definir la corriente principal.

POR CUANTO: EL Cine es un Arte, es una definición y un programa para la fundación de una nueva cinematografía que debía ser revolucionaria no solo por acompañar y expresar a la Revolución, sino por desencadenar un movimiento artístico renovador en su ambición estética y en sus propósitos emancipadores.

No por gusto el Cine Cubano nace negando las formas cinematográficas anteriores, a la manera en que los Movimientos de Vanguardia de la primera mitad del siglo XX habían negado cualquier expresión artística que los había precedido.

Hay en este enunciado un propósito y una ambición, un programa de dirección política y estética, y una provocación a los creadores que tenían la responsabilidad de desarrollar la nueva cinematografía teniendo como referentes a los principales movimientos del nuevo cine europeo: el Neorrealismo Italiano y la Nueva Ola Francesa.

Grupo de Experimentación Sonora del ICAIC, creado por Alfredo Guevara, con dirección de Leo Brower.

Es significativo (Iván Giroud lo hace notar en su libro *La Historia en un sobre amarillo*) que el POR CUANTO: El cine es un arte, no aparezca en la Ley de Creación del ICAIC la primera vez que fue publicada como Ley No. 169 del 20 de marzo de 1959 en la Gaceta Oficial de la República de Cuba; es significativo que la primera vez que este POR CUANTO aparece mencionado sea por Alfredo Guevara en su artículo “Realidades y perspectivas de un nuevo cine” y de la siguiente manera:

“Fue la primera medida revolucionaria tomada en el campo del arte y los POR CUANTO de la Ley explican sobradamente cuán grande importancia concede nuestra Revolución al cine. El primer POR CUANTO señala que. “el cine es un arte”. “Un arte y un instrumento de opinión y formación de la conciencia individual y colectiva”.(*)”

Y es significativo que cuando “La ley que creó el ICAIC” fue publicada por segunda vez en 1964 (Nro. 4 de la revista Cine Cubano) estuviera encabezada por su enunciado más radical y provocador: POR CUANTO: “El cine es un arte”.

La trama que hay detrás de este recorrido no la podemos saber, pero sin duda responde a las confrontaciones y complejidades que en esos primeros años fraguaron y definieron el destino de la Revolución Cubana.



Eusebio Leal, Iván Giroud, Enrique (Kiki) Álvarez y Alfredo Guevara (derecha), en 1995.

“El cine es un arte” o el *big bang* del mundo en el que nací(mos). Tania Hermida.

“No hay vida adulta sin herejía sistemática, sin el compromiso de correr todos los riesgos”
(Alfredo Guevara / Revista Cine Cubano / 1963)

“Por cuanto: *el cine es un arte*”, el primer enunciado de la Ley que dio paso a la creación del ICAIC (en 1959), es muy simple y, sin embargo, ha dado lugar a complejos y fecundos debates en el tiempo.

Para Alfredo Guevara, quien estuvo a cargo de la creación del Instituto, este enunciado “pretendía servir de catalizador, establecer una fundamental cuestión de principios, operar como advertencia, y armarnos para el combate”.

Cabría llamarlo, entonces, el *big bang* del mundo en el que se produjo el cine cubano a partir de ese año y, por ello, de las instituciones que la Revolución creó en las décadas siguientes (el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana, en 1979; la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, en 1985; y la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños, en 1986), porque el devenir del ICAIC fue *latinoamericano* y la visión de Alfredo fue decisiva en ese sentido.

Pero, ¿cuáles eran los “principios” que Alfredo consideraba fundamentales? ¿Qué “advertencias” consideraba necesarias para los “combates” por venir?

Anteponer el valor del *arte* en la industria del cine suponía, en el contexto de la Revolución (y aún hoy) desligarlo tanto de las convenciones del *entretenimiento* carente de potencial revolucionario, crítico y emancipador como de cualquier forma de *propaganda*.

La libertad de creación era, en ese sentido, un principio fundante. Para Alfredo, sin embargo, dicha libertad suponía, necesariamente, rigor estético y lucidez creadora, siendo, por ello, ajena a cualquier forma de *facilismo*.

“La revolución artística no puede aceptar santos, y mucho menos dogmas” decía en 1963. “Esto supone libertad absoluta: y absoluta lucidez, coherencia absoluta. De otro modo, la libertad deviene limitación. La ignorancia y la frivolidad retrasan la revolución artística.”

Para quienes nacimos y crecimos en el mundo del cine que la Revolución gestó, estos asuntos eran y son de vital importancia. Las y los egresados de la EICTV (por ejemplo) nos formamos al calor de estos debates y la conjunción fértil de poética y política alimentó nuestro devenir como cineastas.

“En arte, la libertad ante todo” diría, enfáticamente, Fernando Birri (Director Fundador) en el acto inaugural de la EICTV. Junto a él, Fidel y el Gabo escuchaban atentos.

En el Seminario “El Nuevo Cine Latinoamericano hoy”, celebrado durante el Festival de Cine de La Habana de 1987, Alfredo presentó un texto suyo al que llamó: *Reflexión nostálgica sobre el futuro*. Se preguntaba, entonces, “*si... las generaciones que nos siguen y sustituyen... tendrán, no ya la misma visión del mundo, y de nuestro mundo (pues la historia no se detiene), sino la actitud que hizo posible que el arte del cine conciliara dos términos, dos concepciones, dos tensiones... que, a veces, tantas veces, el dirigismo distancia, incompleta y deforma: militancia y poesía*”.

Y es que Alfredo exigía siempre, y con la misma tenacidad, “militancia y poesía”. Por ello su figura podía ser incómoda. No admitía la *frivolidad* de un cine ajeno a los compromisos poéticos y políticos de su tiempo, pero tampoco toleraba el dogmatismo de unas *militancias* ajenas al potencial emancipador de la creación artística.

Hoy, más de tres décadas después de su *Reflexión nostálgica sobre el futuro* y casi medio siglo después de su artículo en *Cine Cubano*, volvemos a sus textos buscando claves para nuestros propios combates. Es fértil la palabra de Alfredo.

“No es fácil la herejía” escribió en 1963, “Sin embargo, practicarla es fuente de una profunda y alentadora satisfacción, y esta es mayor cuanto más auténtica es la ruptura de los dogmas comúnmente aceptados.”

En nuestros tiempos, los del “*Realismo Capitalista*”, cuando “resulta más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo”, vuelve a brillar la *herejía* de Alfredo para recordarnos que el horizonte socialista será posible si (y solo si) estamos dispuestos a correr todos los riesgos.

DE LA GUIONISTA Y DIRECTORA DE **qué tan lejos**

en el nombre de la hija

una película de Tania Hermida



SELECCIÓN
OFICIAL
Cannes
Ecran Junior



PREMIO
CAMINOS
Festival de Cine
de La Habana



MEJOR
PELICULA
Festival
latinoamericano
y caribeño de
Margarita



PREMIO
JURADO JOVEN
Festival de
Val de Marne



MEJOR
DIRECCIÓN
DE ARTE
Festival Cine
Ceará



MEJOR
FOTOGRAFÍA
Muestra de
Santo Domingo



PREMIO DEL
PÚBLICO Y
DEL JURADO
JOVEN
Festival de
Punta del Este



El que no quiera ver... que se tape los ojos.

EVA MAYU MECHAM / MARKUS MECHAM / MARTINA LEÓN / PANCHO AGUIRRE / JUANA ESTRELLA
SEBASTIÁN HORMAECHEA / FRANCISCO JARAMILLO / PAÚL CURILLO / FELIPE VEGA / FABIOLA LEÓN / DIANNERIS DÍAZ

Una producción de la Corporación Ecuador para Largo / Producción Ejecutiva: Mary Palacios y Tania Hermida / Jefe de Producción: Paula Parrini / Director de Arte: Juan Carlos Acevedo
Director de Fotografía: Armando Salazar / Jefe de Iluminación: Jimmy Pazmiño / Edición: Juan Carlos Donoso y Vanessa Amores / Sonido Directo y Edición de Sonido: Juan José Luzuriaga
Música Original: Nelson García / Música adicional: Felipe Gangotena y Javier Gangotena / Guión y Dirección: Tania Hermida

Kodak 



En el nombre de la hija, película de Tania Hermida.

Lo que estaba en debate era qué sociedad queremos crear. Manuel Pérez Paredes.

En 1959, con 19 años, no estaba en condiciones de darme cuenta de la importancia de las razones profundas por las que Alfredo había decidido fijar, como principio matriz, ese primer *por cuanto* de la Ley que creó el ICAIC.

Con el tiempo me fui dando cuenta de su lucidez. Más temprano que tarde, presionada la Revolución por las agresiones en su contra que iban a desatar sus enemigos, surgirían, surgieron en su interior, corrientes de pensamiento que se plantearían definir y asignar una función reductora al cine, a su función política-ideológica, minimizando su condición de manifestación artística de la cultura, asumiéndolo solamente como medio masivo al servicio de la educación. De ahí la necesidad de ese primer *por cuanto* como punto de partida definitorio.

Alfredo cumplió, desde sus inicios, las diversas tareas que le correspondían al ICAIC, conjugando amplitud con firmeza en la dimensión del cine como arte. En la producción cinematográfica enfrentó lo que demandaba la realidad en toda su complejidad, las urgencias de cada etapa del proceso revolucionario: Noticiero ICAIC, Enciclopedia Popular, encargos por organismos estatales de documentales didácticos o promocionales, y junto a ellos la producción de documentales, animados y filmes de ficción como obras personales de realizadores que se proponían abordar la realidad, presente o pasado, con la voluntad de alcanzar un resultado artístico en su expresión.

La vida demostró que una atmósfera creativa en el ámbito cinematográfico hacía posible que también en noticieros y otras producciones, cuyo objetivo priorizado era informativo, educativo o propagandístico, surgieran resultados artísticos. Cuando esto se alcanzaba, se incrementaba la eficacia comunicativa-espiritual de lo que había sido el punto de partida. El arte es una forma particular del conocimiento, de la relación del ser humano con la realidad, no es un sucedáneo de la educación.

Definir el cine como arte era también importante para un proyecto cultural que concebía el cine como un sistema en que se interrelacionaría la política de producción nacional con la distribución y exhibición del cine extranjero que se veía en nuestras salas de cine. Sabemos que no todas las películas alcanzan en su resultado final la condición de obras de arte, pero el cine sí lo es como máxima aspiración en su expresión artístico-cultural.

Por ello, en aquellos tiempos fundacionales hubo que discutir con algunos, a nivel de dirección de gobierno, para convencer que era el ICAIC y no el MINCEX el que tenía que encargarse de la compra de películas extranjeras a exhibirse en nuestras salas.

Como todas las películas no son arte, solamente con diversidad cultural y máximo de calidad posible en la selección a ver en nuestras pantallas, se podía comenzar a trabajar en la descolonización del gusto cinematográfico de nuestro público. Esto le correspondía al ICAIC como organismo especializado: comprar las mejores películas, en términos culturales, a partir de la oferta del mercado mundial y los recursos económicos disponibles.

Esto último también fue fuente de divergencias, la más significativa fue la polémica de Alfredo Guevara con Blas Roca, a finales de 1963, en relación con películas extranjeras exhibidas en nuestras pantallas. Blas, y otros compañeros, pensaban que eran nocivas para la educación de nuestra juventud. En el fondo, repito lo que he dicho en otra ocasión, no discutían qué películas debemos ver, lo que estaba en debate era; qué personas queremos formar, qué sociedad queremos crear.



Fidel Castro, Alfredo Guevara, Raúl Roa, Belarmino Castilla y Manuel Pérez, durante la discusión de la ponencia del ICAIC en el primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, 1971.

No hemos tenido entre nosotros un buen debate sobre lo que significa la palabra arte en un entorno tan complejo, dinámico, como es el cinematográfico. Juan Antonio García Borrero.

Siempre me ha parecido reduccionista esa afirmación de que el cine es un arte. El cine tiene una zona que se involucra directamente con el arte, pero no es el único modo en que se manifiesta entre nosotros, y tampoco es el dominante. Lo que pasa es que hay que poner en contexto la afirmación para entender de dónde viene y por qué Alfredo Guevara la defendería con tanta vehemencia.

Para ello hay que remontarse a los años en que la generación de Alfredo se está formando y comienza a participar en la vida pública. Estamos hablando de los años cincuenta, una etapa en la que el llamado cine clásico aún tenía la hegemonía, y la vitalidad que portaban movimientos como la nueva ola francesa, el free cinema, el cine independiente norteamericano, entre otros, aún no se manifestaban en lo que hoy conocemos como el cine moderno.

Alfredo Guevara es hijo de esas ansiedades renovadoras del modelo de representación dominante. Su aserto de que “el cine es un arte” no pertenece a él, sino a una generación de la cual formarían parte también Germán Puig, Ricardo Vigón, Tomás Gutiérrez Alea, Néstor Almendros, Guillermo Cabrera Infante, Julio García-Espinosa, por mencionar solo algunos, y que, con la revolución encabezada por Fidel Castro en 1959, tiene la oportunidad de acompañar desde lo estético la pretensión política de subvertir el modelo social.

Y como en todo, hay luces y hay sombras. Lo luminoso yo lo asociaría a la creación del ICAIC, que nace con una visión bastante clara de lo que el cine representa en la época, no solo en el plano artístico, sino cultural.

No en balde con el ICAIC se habla de producciones de películas, pero también de distribución, exhibición, y promoción crítica. La parte negativa la vinculo al sesgo elitista que Alfredo, quien era un ser humano con virtudes y defectos, como todos, no puede impedir que se imponga en muchas de sus apreciaciones.

Gracias a los libros del propio Alfredo y al epistolario de Gutiérrez Alea, hoy conocemos de esos debates internos que en no pocas ocasiones llegaron al extremo de la incomunicación y las rupturas afectivas.

Con la concepción del cine como arte defendida por Alfredo se lograron películas hoy clásicas, como *Memorias del subdesarrollo*, *Lucía*, *La última cena*, pero también se ralentizó la búsqueda de valores en el cine de género, al estilo de *La bella del Alhambra*, de Enrique Pineda Barnet.

Creo que todavía no hemos tenido entre nosotros un buen debate sobre lo que realmente significa la palabra arte en un entorno tan complejo, dinámico, como es el cinematográfico.



Julio García Espinosa, Alfredo Guevara y Tomás Gutiérrez Alea.

Nada nuevo podría alegar que ya no esté contenido en esa ley primera. Esteban Insausti.

“...Respeto y aliento a quienes permanecen, apertura y oportunidad a quienes se inician.”

Alfredo Guevara

“El cine es un arte, su desarrollo estará en manos de los artistas, aquellos que tienen algo que decir y saben cómo hacerlo.”

Tomás Gutiérrez Alea

Desde aquel seminario de apreciación cinematográfica bajo la tutela de Don Valdés Rodríguez en sus años de estudiante en la universidad de La Habana, el muy joven Alfredo descubre que el cine también “podía ser y era un arte”. Luego, esta revelación del arte y su rol esencial en la representación de la identidad cultural de una nación, se complementa con movimientos de vanguardia como el Surrealismo, la escuela soviética, el Neorrealismo italiano, La Nueva Ola, Buñuel, Gabriel Figueroa, Zavattini, Maiakovsky, Mallarme o Eluard, Resnais, Pasollini, Glauber Rocha, Visconti, Fellini, Godard...

Son nombres que conforman una visión de los más excelsos referentes lo que define y sedimenta la línea de pensamiento que dará al mundo un nuevo cine cubano con la creación del ICAIC en 1959 y cuyo estandarte devendrá en la mejor utilidad y poder del cine como arte más allá del mero entretenimiento, propaganda o documento *per se*.

Sospecho que a Alfredo, como al resto de los fundadores que le secundaron en la creación del Instituto, les preocupaba sobremanera el cómo influir en la calidad y capacidad de apreciación de ese nuevo ciudadano, en tanto público, y el cómo reducir en lo posible las fisuras entre vanguardia artística y política, logrando una simbiosis que resultó en un interesante maridaje para aquel entonces. De su propio epistolario cito textualmente: “Nos falta permear la cultura política de cultura artística, no para que sea más artística sino para que sea más política... La revolución no podría ser perfeccionada al punto que quisiéramos hasta que la política no se sepa arte”.

Extractos de esa primera ley de fundación, evidencian la intención (lograda) de crear un movimiento cinematográfico a tono con aquel contexto histórico y que, a su vez, estuviera despojado de toda mediocridad y populismo, de toda visión reductora, complaciente y “oportuna” sobre la realidad, aunque no desprovista de pluralidad, en cuya dialéctica, se garantizaría la evolución de éste o cualquier otro movimiento cultural.

Por cuanto: “El cine debe conservar su condición de arte y, liberado de ataduras mezquinas e inútiles servidumbres, contribuir naturalmente y con todos sus recursos técnicos y prácticos al desarrollo y enriquecimiento del nuevo humanismo...” Por Cuanto: “Es el cine el más poderoso y sugestivo medio de expresión artística y de divulgación, y el más directo y extendido vehículo de educación y popularización de las ideas”.

Nada nuevo podría alegar que ya no esté contenido en esa ley primera. El propio Alfredo se definía como un profesional de la esperanza y lo fue. No me interesan los juicios de valor, prefiero trascenderlos, concentrándome así en la monumentalidad de su legado fundacional. Sin su existencia, esta conversación sería otra sin lugar a dudas. Toda mi gratitud, Alfredo.



Alfredo Guevara mira un guion cinematográfico.

Ponerlo a salvo de la instrumentalización política, de dogmatismos y simplificaciones. Arturo Arango.

Leída sin atender al contexto en que fue concebido, el primer “Por cuanto” de la ley fundadora del ICAIC parece una tautología. Por supuesto que el cine es un arte, al que la costumbre o los lugares comunes le han asignado un numeral: es el séptimo, es decir, el último en llegar.

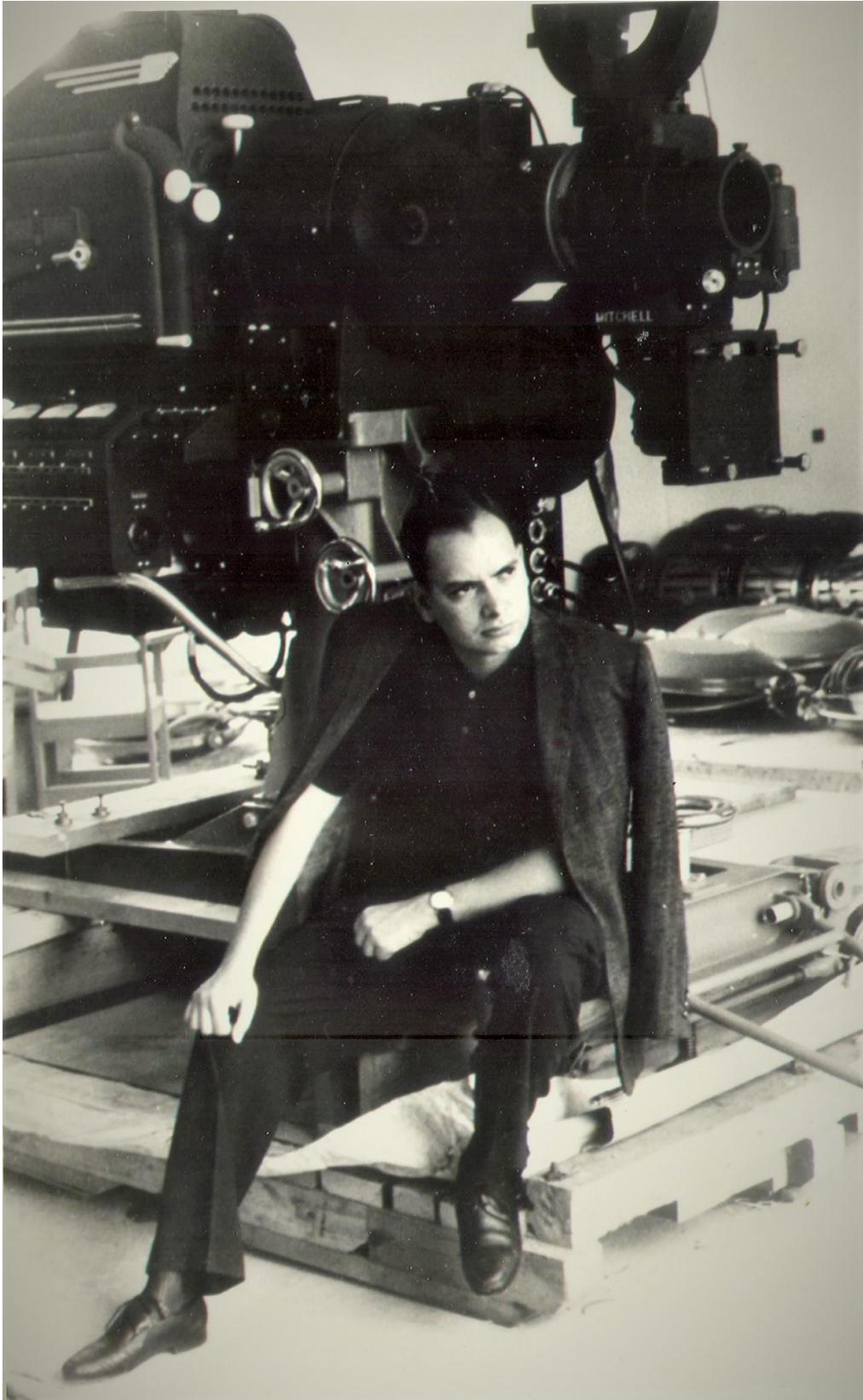
El contexto en que estaba colocado Alfredo Guevara al concebir ese documento inaugural supone un origen y un destino, y los sucesivos por cuantos que conceptualizan cómo sería la labor del nuevo instituto de cine nos dan las claves para comprender de qué extremos estaba tratando de cuidar en salud la obra que emprendería.

Por una parte, que el cine se considere ante todo un arte implica que no es principalmente una mercancía. El gusto medio en Cuba, dice otro de los Por cuanto, está “seriamente lastrado por la producción y exhibición de films concebidos con criterio mercantilista, dramática y éticamente repudiables y técnica y artísticamente insulsos”.

Para liberarlo de esos condicionamientos, no puede estar sometido a los imperativos de la industria. El complejo sistema que comenzaría a crearse a partir de 24 de marzo de 1959 tendría que tener en su centro la premisa de que lo esencial era satisfacer las necesidades de producción, exhibición y difusión de una forma del arte.

Pero hacia lo porvenir, incluso hacia lo inmediato, era imprescindible (lo es aún hoy) ponerlo a salvo de la instrumentalización política, de dogmatismos y simplificaciones. Más adelante, la Ley 169 del Gobierno Revolucionario insiste: “El cine debe conservar su condición de arte y, liberado de ataduras mezquinas e inútiles servidumbres, contribuir naturalmente y con todos sus recursos técnicos y prácticos al desarrollo y enriquecimiento del nuevo humanismo que inspira nuestra Revolución”, para lo cual debe “plantear, dramática y contemporáneamente, los grandes conflictos del hombre y la humanidad”.

Los numerosos avatares que ha tenido que afrontar el ICAIC durante estas décadas, provocados inicialmente por la incompreensión de una política de exhibición diversa e inclusiva que, para muchos, contradecía los principios en que debía ser formado el “hombre nuevo”, y luego por obras realizadas dentro de la misma institución o de manera independiente, han dado la razón, una y otra vez, a ese Por cuanto previsor. Así también debería nacer esta otra Ley de Cine, sucesora de aquella, que ojalá sea promulgada más temprano que tarde.



Alfredo Guevara

Alfredo Guevara: No es fácil la herejía. Un perfil a varias voces (III)

Este *dossier* coloca a Guevara, con la responsabilidad propia de la honestidad intelectual, en la conversación que necesitamos sobre la renovación del socialismo en Cuba, algo que de modo casi “obsesivo” ocupó en particular los últimos años de su vida: un tema que defendió siempre como un programa conjunto de “libertad, justicia y belleza”. En medio de esas disputas, el *dossier* hace suya la frase del historiador francés Pierre Nora: “Ha sido lanzada la orden de recordar, pero me corresponde a mí recordar y soy yo quien recuerda.”

En esta entrega, la tercera de la serie, intervienen el ex diplomático Raúl Roa Kourí, el crítico de arte e historiador Rafael Acosta de Arriba, el productor de cine chileno Sergio Trabucco Ponce, el economista Julio Carranza, la cineasta (chilena, radicada en Francia) Carmen Castillo, el periodista Leandro Estupiñán y la socióloga Diosnara Ortega.



Alfredo Guevara. Foto Kaloian.

**...el arte era revolucionario (no en la acepción política) o no era arte, así de simple.
Rafael Acosta de Arriba**

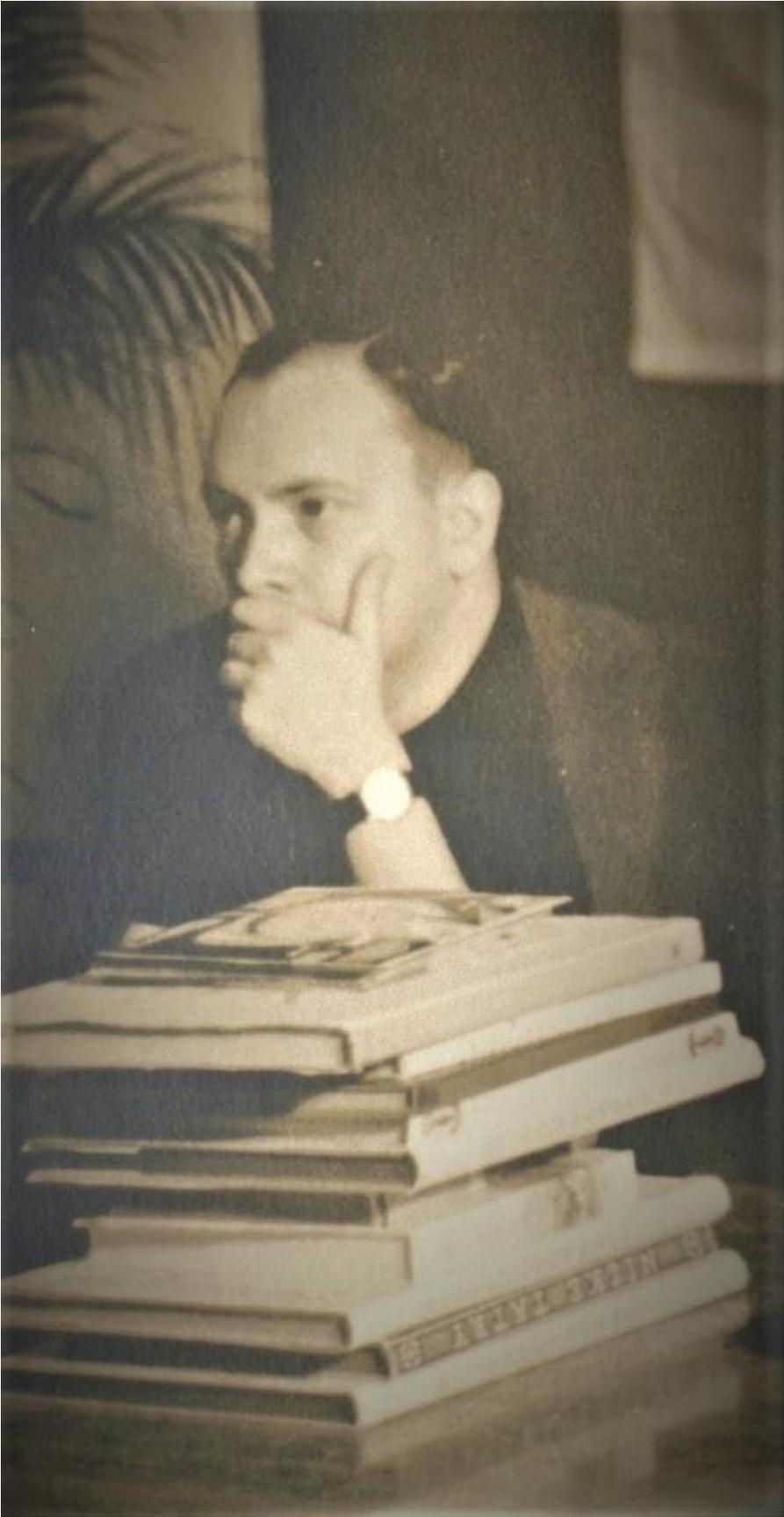
Creo que lo primero que habría que mencionar ante un tópico tan vasto (y con tan breve espacio para responder), es la formación de Alfredo.

Su cultura y su concepto de ella, que, obviamente, son dos cosas diferentes, tuvieron un origen común, la formación en los clásicos latinos. Él fue, por tanto, un humanista de origen. Después, siguió nutriendo esa vasta y espesa cultura personal que acumuló cada día de su vida, sumergiéndose en los clásicos del marxismo y en el pensamiento de San Agustín.

No despreció lecturas de origen religioso y filosófico en sentido general y leyó todo cuanto pudo. El surrealismo le fue muy cercano, probablemente impulsado por Luis Buñuel (con quien tuvo una relación de trabajo y amistad), por autores franceses y por Wifredo Lam, antiguo militante de ese movimiento estético.

También había metabolizado a pensadores cubanos fundamentales como Félix Varela, José Antonio Saco y José Martí, entre otros. Su visión del mundo contemporáneo no era libresca, sino de una puesta al día permanente, propia de una energía de dinamo que le hacía vivir el presente con avidez. Hombre de convicciones sólidas, pero a la vez abierto a lo novedoso del mundo de las ideas, Alfredo fue antidogmático, soñador y polemista.

Lector intenso y extensivo, su biblioteca personal estaba muy bien surtida y era impresionante la variedad de tendencias, autores y temas que la conformaban. Cuando los libros rebasaban el espacio físico disponible, esos títulos pasaban directamente a la biblioteca del ICAIC, perteneciente al Centro de Información Cinematográfica "Saúl Yelín".



Alfredo Guevara.

De manera que fue un hombre realmente culto, muy culto. Sin embargo, lo que más resaltaba de su persona era su inteligencia, aguda, curiosa e inquieta, potente, penetrante. Era la lucidez del pensador encarnada en un hombre brillante de fácil expresión verbal; preferí siempre escucharlo que leerlo. (A veces, y sobre todo al final de sus días, creo que torturó al idioma).

Debo decir, para no traicionar la imagen de Alfredo Guevara que conservo con respeto y admiración, que su concepción de la cultura como algo vital, en constante movimiento, plural, podía recibir, sin embargo, ante la práctica política o las exigencias coyunturales de la realidad, el efecto del embudo.

Me explico mejor. A la hora de contrapesar alguna idea ya establecida en la cultura occidental o en la historia con las urgencias de la práctica política revolucionaria, aquella podía sufrir reducciones o quedar en pausa, incluso negada. Era una decisión consciente y sé que, a veces, resultó dolorosa para él. La Revolución podía demandar ese tipo de sacrificios y Alfredo, en esa situación dilemática, siempre optó por la Revolución.

Conversamos en muchas ocasiones (trabajé en el ICAIC durante seis años, bajo sus órdenes directas) y aunque no puedo decir que fuimos amigos cercanos, que no lo fuimos (en la dedicatoria de uno de sus libros que me obsequió puso: “nos une una amistad no cincelada como pudiera ser”), tuve la oportunidad de intercambiar con él sobre artes visuales, entre otros temas, materia en la que poseía vastos conocimientos.

Para Alfredo, el arte era revolucionario (no en la acepción política) o no era arte, así de simple. Esa idea trató siempre de aplicarla al cine cubano. A veces resultaba sorprendente: podía invertir tiempo en una disquisición filosófica o metafísica extensa y profunda, al mismo tiempo que apremiar el cumplimiento de una orientación como directivo cultural, la que, podía ser atinada (la mayoría de las veces) o un capricho o majadería incomprensible en un hombre de su talla.

Para Alfredo, ser creador o creativo, como se prefiera, fue fundamental como premisa imprescindible para los que trabajaran en las instituciones culturales; apenas necesito decir que menospreció a los burócratas de plantilla.

Como bien apuntara Fernando Pérez, la personalidad de Alfredo era “arrolladora y contradictoria” y, añadido, podía ser autoritario con creces, cosa que afectaba la imagen del hombre de cultura que, estructuralmente, era Alfredo de la cabeza a los pies.

Sus batallas contra el dogmatismo estalinista asentado en la Cuba de los sesenta y setenta, lo llevaron a cumplir la función de gladiador, pero también, la de víctima de esos desmanes, y creo que eso lo hizo madurar muy aceleradamente.

Vio con claridad meridiana todo lo que de reductor se escondía bajo el manto del estalinismo. Despreció y odió el “realismo socialista”, a la vez que no comulgó con las personas que trataban de simular determinadas posiciones revolucionarias, sin serlo, es decir, los oportunistas. Fue, sin duda alguna, un hombre valiente, actitud que demostró sobradas veces en su vida.



Eusebio Leal, Alfredo Guevara, Oscar Ruiz de la Tejera (asesor de arquitectura de Guevara) y Rafael Acosta de Arriba (en ese momento, Director del Centro de Información Cinematográfica del ICAIC).

...nuestro socialismo debía estar libre de las lacras del capitalismo, pero también de las largas sombras del “socialismo real”. Raúl Roa Kourí

Alfredo Guevara fue uno de los más brillantes intelectuales cubanos de izquierda del siglo XX.

Sus tempranas lecturas de Marx, Engels y Lenin, amén de su comunión con las ideas libertarias de José Martí, le llevaron a militar en el Partido Socialista Popular (comunista) desde sus años universitarios, en los que destacó como Director de Cultura de la FEU, realizando una ingente labor de difusión de lo más relevante y avanzado de nuestra cultura.



Alfredo Guevara en una reunión en la Universidad de La Habana.

Su amistad con el joven Fidel Castro, que data de aquella época, y las discrepancias que tuvo con la línea del PSP, tras el golpe militar de Fulgencio Batista en 1952, le convencieron de que Fidel tenía razón al promover la insurrección armada como medio de lucha contra la tiranía.

Por otra parte, consideró que no obstante ser justa la consigna del frente popular contra el nazifascismo, en nuestro caso —pero también en el de otros países latinoamericanos— había significado la alianza de los comunistas con la dictadura reaccionaria y pro-imperialista de Batista, lo que mermó considerablemente el prestigio adquirido por el primer Partido Comunista cubano en las luchas contra Machado y el propio Batista.

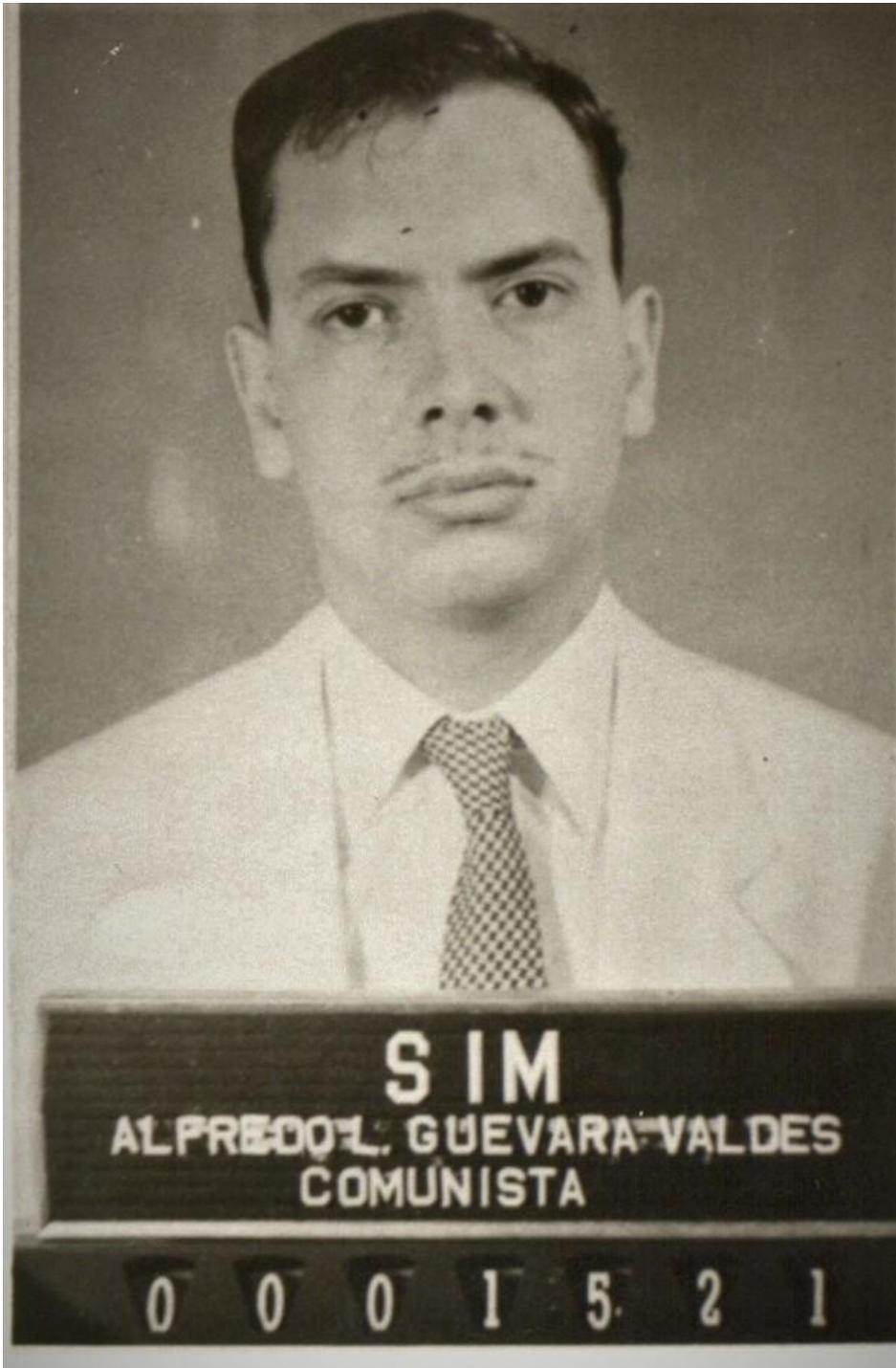
Por otra parte, su profundización en el pensamiento de marxistas como Mariátegui, Gramsci y otros, así como su reflexión sobre la polémica de Rosa Luxemburgo con Lenin acerca del desvío antidemocrático de la Revolución de octubre, ahondaron su rechazo al llamado “marxismo-leninismo” (en realidad, tergiversación estalinista del pensamiento de Marx, Engels y Lenin), a la praxis política establecida en la URSS tras la muerte de Lenin y al sometimiento de los partidos miembros de la Internacional Comunista a los intereses del estado soviético.

Al triunfo de la revolución, Guevara estuvo en la vanguardia que concibió y redactó las principales leyes revolucionarias, incluida la Ley de reforma agraria, verdadero parteaguas del proceso revolucionario, que desde entonces tuvo un rumbo inequívocamente antimperialista.

El aporte del Instituto Cubano del Arte y la Industria cinematográficas (ICAIC) que fundó Guevara con otros jóvenes cineastas y dirigió durante años, tuvo un impacto directo en la formación política del pueblo, incluyendo especialmente el Noticiero ICAIC.

A partir de su comprensión de que nuestro socialismo debía estar libre de las lacras del capitalismo, pero también de las largas sombras del llamado “socialismo real”, tuvo siempre una posición de lealtad crítica a la dirección de Fidel, y luego de Raúl. Tras la debacle del campo socialista me confió: “Es una lástima que no haya ocurrido diez años antes, cuando Fidel era aún joven y estaba en mejores condiciones para enfrentar las duras consecuencias que derivaron de la desaparición de la URSS y de nuestros principales socios comerciales”.

En sus últimos años, concentró sus esfuerzos—con el respaldo de Raúl Castro—en transmitir sus experiencias, conocimientos e ideas a los jóvenes, partidario, como fue, de un socialismo de veras democrático, participativo, inclusivo, próspero y sostenible.



Ficha policial de Alfredo Guevara. «Ese marxismo de los miedos -decía Alfredo Guevara en célebre polémica con Blas Roca en referencia al marxismo soviético- nos repugna: no es la ideología de la revolución, sería su mortaja».

... su manera de ser, su amabilidad y su sentido del humor, también su furor. Carmen Castillo

Recordar a Alfredo Guevara, su persona, su manera de ser, su amabilidad y su sentido del humor, también su furor. Creo haber percibido en Alfredo algo especial, como si tuviera dos rostros en una sola cara, uno era, si no me equivoco, el del intelectual militante, profundamente socialista, de formación marxista, enraizado en José Martí, y el otro el del hombre libre, sin prejuicios, abierto a todas las expresiones del ser humano, tolerante, intransigente únicamente frente a cualquier dogmatismo.



Alfredo Guevara y otra persona de nombre no identificado.

La libertad sin acciones no existe y sus gestos, sus actos, su pensamiento en movimiento, me mostraban que ambos rostros podían conciliarse en un solo ser humano.

Con herramientas filosóficas o artísticas, descifraba, esclarecía nuestro presente, la Política. Gracias a él descubrí La Habana, la ciudad y sus habitantes, rincones a media luz, más o menos tolerados, bullicio, irreverencia, una energía irreductible, una dignidad irrenunciable, escuché las voces bajas de la gente humilde y la música. Una realidad compleja. La mirada de Alfredo, creo, apuntaba siempre al horizonte. ¿Un horizonte de sentido?

En 2011, recibo una invitación de Alfredo para asistir al Festival de Cine. Sorpresa. Entusiasmo. Largos años de ausencia no habían entibiado su confianza, su cariño. Le pregunto si debo asumir alguna tarea. No, me contesta, quiero sólo que estés presente unos días con nosotros. Entonces, sin ropaje, sin deber que cumplir, invitada sólo para dejarme ir, deslizarme y abrir los ojos y las orejas a ese presente en movimiento, viví días intensos. No hice más que seguirlo, cuando se podía, testigo silencioso y en segundo plano, de su increíble y contagiosa energía. Pienso que era su asombrosa voluntad de querer hacer más y más para revolucionar la Revolución lo que se imponía a su salud ya delicada. Urgencia.

De una reunión a otra, hablaba siempre rodeado de jóvenes y para los jóvenes. Recuerdo especialmente un debate sobre medios de comunicación junto a Ignacio Ramonet en la Universidad de La Habana, su lugar más entrañable. Decía, evocaba su juventud y era un joven más entre esos jóvenes de hoy, subiendo las escaleras, recorriendo los jardines, contaba momentos de la lucha revolucionaria y esos instantes vibraban en el presente, los muertos se mezclaban a los vivos y pedían a gritos que no los borrarán, que estaban allí, presentes, para ayudarnos a seguir trazando caminos de resistencia y sueños de futuro.

Más tarde, en el anfiteatro, capto sus palabras, palabras delicadas, rigurosas, dichas en voz baja, pero yo escucho un rugido, su iconoclasia, su propuesta libertaria. Internet libre y para todos. Miro alrededor mío y veo cómo cambian los rostros de esa multitud de estudiantes, como despiertan.

Al día siguiente me dirá, al pasar, casi murmurando, siento que mi tarea hoy es transmitir el espíritu revolucionario a la juventud, ese espíritu que nada ni nadie puede destruir, ese que parece dormido, ese que parece atemorizar a algunos.

Otro día, en ocasión de una comida frugal, agrega algo como que en una de esas, el viento que surge de las experiencias recientes de América Latina llegará hasta las costas cubanas y una frescura nueva se respirará en la atmósfera...

Una frescura frente al dogmatismo, un viento que arrasará con los miedos, un aliento de rebeldía juvenil siempre recommenzado. Nunca le pregunté si, como René Char, sentía que “la lucidez es la herida más cercana al sol”, pero no importa, en ese entonces recibíamos sus

palabras como una nueva invitación a seguir actuando, una apuesta a lo incierto, sin biblia, pero fortalecidos por el espíritu revolucionario de antaño para volver a hacer la revolución.



Carmen Castillo, en el barrio habanero de Jesús María.

...preservar la autonomía del pensamiento crítico y la libertad creadora. Sergio Trabucco Ponce

Recordar a Alfredo Guevara es traer al presente la figura del intelectual, autónomo y crítico, que supo leer los procesos de Cuba y de nuestro continente interactuando como un protagonista relevante en la vida cultural de nuestros países.

Es así como desde e ICAIC, su magnífica obra, supo enfrentar todas las luchas intestinas que en el ámbito de la cultura, y particularmente del cine, cruzaron y cruzan la vida de la Revolución. Luchas que enfrentaban la libertad de creación propias del arte con una burocracia miope y gris que intentaba e intenta disciplinar la imaginación y la crítica.

Esta defensa radical y revolucionaria a la libertad y a la autonomía creadora tenía que ver con su marcada aversión al estalinismo, que él mismo cultivó como el joven anarquista que fue en su origen, estalinismo que luego advirtió en el viejo Partido Socialista Popular — antiguo Partido Comunista de Cuba.



Alfredo Guevara en París, en 1950.

Transcurridos más de 60 años en el intento de construir el socialismo en Cuba y América Latina, volver sobre nuestros pasos, como diría *Titón* [Tomás Gutiérrez Alea], solo es posible siguiendo la huella que nos legara Alfredo, con su mismo optimismo y entusiasmo. Esto, a riesgo de descubrir de pronto, que estamos caminando en círculo.

Y es que pareciera que estamos condenados a encontrarnos una y otra vez con los mismos obstáculos heredados del estalinismo, y a enfrentarnos a ello preservando la autonomía del pensamiento crítico y la libertad creadora, como nos legó Alfredo.

“Es necesario repletarnos de pensamiento autónomo y éticamente bien formado de modo tal que esa autonomía no sea una rebeldía. sin causa... ceder un poco de su libertad para con esa suma de libertades cedidas llevar adelante un proyecto” ... ¡Pero un poquito...! ¡Lo que no se puede perder es la facultad creadora!”¹

América Latina y la izquierda siguen sin encontrar un camino, y en Cuba los cineastas siguen enfrentados a debates que son recurrentes y no se superan. Esto, pese a que hoy los jóvenes empoderados y las organizaciones sociales exigen masivamente participación ciudadana y mayor democracia que permita de una vez superar estos procesos retomando una salida del camino recorrido.

Recordar a Alfredo hoy, es tomar conciencia que hemos estado dando vueltas en círculos, confirmando el concepto de desorientación de que nos hablaba Alfredo. Solo el optimismo, el entusiasmo y la radical adhesión a la libertad creadora y a la autonomía crítica nos permitirán recorrer el camino andado sin volver sobre nuestros pasos y así poder avanzar.



Sergio Trabucco, en ese momento director del Festival de Cine de Viña del Mar entregando el Gran Premio de ese Festival a Alfredo Guevara, en 1992.

... creo que tienes razón, lo que sucede es que fue algo tan terrible que a veces me cuesta trabajo admitirlo. Julio Carranza

He leído un [excelente texto de Ignacio Ramonet](#) publicado por **OnCuba** sobre Alfredo Guevara, a quien él conoció muy bien, al Alfredo intelectual, revolucionario y amigo. Tuve también la oportunidad de ser amigo de Alfredo e intercambiar con él sobre la más amplia diversidad de temas en muchas ocasiones y diferentes lugares. Ahora viene a mi memoria una de esas oportunidades en las cuales compartí reflexiones, preocupaciones y esperanzas con Alfredo Guevara.

En el año 1999 la Casa de América de Madrid organizó un panel sobre la Revolución Cubana a propósito de su 40 aniversario, fuimos invitados al evento Alfredo Guevara, Martha Harnecker y yo, el moderador era el notable escritor español Manuel Vázquez Montalván, quien recientemente había publicado su libro “Y Dios entró en La Habana”, sobre la visita de Juan Pablo II a Cuba.

En aquella ocasión yo lo había conocido y mantuvimos una amistad e intercambio en la distancia. Era enero de 1999, una noche fría y de nieve en Madrid, hace más de 22 años, habíamos llegado a España unos días antes, el día del panel tuvimos un almuerzo todos los participantes donde nos pusimos de acuerdo sobre las formalidades y el método del evento de la noche.

Me sorprendió que los organizadores nos pidieron que no hiciéramos una intervención académica, sino una reflexión personal de la experiencia de haber vivido en una revolución, así lo hicimos después de una magnífica introducción realizada por Manolo Vázquez Montalván.

Alfredo comenzó su intervención diciendo: “pertenezco a una generación que nació en un país, cuyos problemas sociales hacían evidente la necesidad de una revolución” y de allí continuó explicando su experiencia como uno de los fundadores y protagonista de esta.

Martha Harnecker (chilena) comenzó diciendo: “pertenezco a una generación que fue impactada por una sorprendente revolución que había triunfado en una isla del Caribe y allá me fui a conocerla y convivir con ella”, explicó su experiencia como intelectual latinoamericana que vivió y trabajó por años en Cuba.

Cuando me correspondió hablar a mi comencé diciendo: “pertenezco a una generación que nació donde había una revolución” y expuse mi experiencia generacional como joven (entonces) académico cubano, con toda la luz que habíamos vivido y también las sombras (tres años antes había sido el lamentable proceso contra el Centro de Estudios sobre América —CEA—, del cual había sido Subdirector).

Los tres expresamos nuestra condición y compromiso con la revolución desde nuestras propias experiencias, vivencias, críticas y conocimientos. Al final, contestando preguntas del numeroso público que había presente (fue necesario cerrar las puertas porque ya no había espacio para más personas) Alfredo y yo tuvimos una discrepancia puntual sobre un tema que toca Ramonet en su artículo, el período 1975/1986 en el cual la influencia cultural e ideológica soviética en Cuba fue mayor.

Yo insistí en las consecuencias y el daño de esas circunstancias que aunque no cambiaron la esencia ni el avance de las transformaciones en Cuba si la marcaron con rasgos que hicieron daño al entronizarse un dogmatismo que en Cuba era antinatural y contraproducente con consecuencias que se hacían evidentes en diversos aspectos de la vida nacional de esa época.

El punto de Alfredo era que si bien esto era cierto, sus consecuencias habían sido menores, eso fue lo que debatimos públicamente, fue un intercambio fraternal y respetuoso con diferencias de matices según la visión que ambos expusimos.

Al salir nos pusimos a conversar en la acera de la Casa de América, frente a la imponente fuente de Cibeles en el Paseo de la Castellana, una fina cortina de nieve caía sobre Madrid, con una gran honestidad y el rigor que lo caracterizaba Alfredo me dijo “July, pensándolo detenidamente creo que tienes razón, lo que sucede es que fue algo tan terrible que a veces me cuesta trabajo admitirlo”.

Así recuerdo a Alfredo, muchas veces me dio pruebas de su amistad y solidaridad, me consta que no era fácil ser amigo de él, era exigente y muy franco, intransigente con lo que consideraba vulgar, banal. Anécdotas que lo demuestran hay miles.

Unos días antes de morir llamó a mi casa, yo no estaba en el país, habló con mi esposa y me dejó un triste mensaje: “dile a July que me siento muy mal, que le dejo un abrazo”.²



Alfredo Guevara (izquierda), Martha Harnecker, Julio Carranza, una intelectual española de nombre no identificado, Manuel Vázquez Montalbán y Manuel Piñeiro, intelectual español y organizador de ese encuentro.

...su propia trayectoria es la muestra de haber confiado tanto en la persuasión diplomática de lobby y café como en el debate público... Leandro Estupiñán

Creo que el convencimiento de Alfredo Guevara sobre la necesidad de un debate público lo llevó a sostener un acercamiento con los jóvenes al final de su vida en lo que, de repente y tal vez, sea la actitud más revolucionaria de su carrera, incluso más que la mantenida a principios de la revolución o previa a esta donde no tuvo poco que arriesgar, como se sabe.

Me explico: ofreciendo conferencias y entrevistas a los jóvenes, desclasificando documentos y correspondencia, valorando lo que significa la censura de una obra y sus consecuencias, exponiendo sus “conspiraciones”, revisitándose, asumía una actitud temeraria. Al hacerlo, debía ser a la vez muy consciente en esto, sería devorado en los análisis de una época polémica y controversial, donde su actitud en determinados pasajes, no siempre relacionados

con el ICAIC, parecían determinados por una condición ideológica y política, más que artística, y una fidelidad incuestionable a su excompañero universitario Fidel Castro.

Es el caso de su famosa postura ante PM y la **reiterada** obstinación hacia el grupo de *Lunes de Revolución*, y *Revolución* y con ellos a Carlos Franqui.

Quizá consciente de ello, llegó a asumir una postura autocrítica y no exenta de la controversia que puede encerrar una personalidad como la suya. Pero, en efecto, su propia trayectoria es la muestra de haber confiado tanto en la persuasión diplomática de lobby y café como en ese debate público en el que por momentos brilló, como cuando le hizo frente a las viejas concepciones instauradas por el Partido Socialista Popular y que llegó a defender públicamente también Blas Roca.

Un texto poco conocido de Alfredo Guevara, de 1949

Ahora va dirigirles unas breves palabras Alfredo Guevara, Secretario de Relaciones Exteriores de la Federación Estudiantil Universitaria. Tiene la palabra el líder estudiantil universitario Alfredo Guevara.

ALFREDO GUEVARA: Los magistrados Gabriel Pichardo, Francisco Torres Tomás, y Pedro Cantero, del Tribunal Supremo de Justicia, al situarse frente a los intereses del pueblo en esta hora de definiciones se han ganado la repulsa unánime de toda la nación que contempla preocupada decisiones tan contradictorias que según un fallo, no permiten la rebaja de las tarifas eléctricas, y según otro, ratifican prácticamente el aumento en un 70% dando vigencia a la ley del embudo en contra de los intereses del pueblo.

La Federación Estudiantil Universitaria a través de su secretaria de Relaciones Exteriores y Comité de Lucha ha impreso miles de denuncias contra los que fallaron indebidamente gravando la economía popular. Todo el pueblo de Cuba debe llenar estas planillas que pueden solicitarse en las oficinas de la FEU. Todo el pueblo debe movilizarse en apoyo de la ley que acaba de presentar a la Cámara el profesor universitario Manuel Bisbé rebajando las tarifas eléctricas en un 70%. Todas las instituciones cívicas deben seguir este ejemplo: imprimir planillas y denunciar al pulpo eléctrico que exprime el bolsillo del pueblo.

Si luchar contra un trust imperialista merece condena, todo el pueblo de Cuba irá a la cárcel por luchar por la Compañía Anticubana de electricidad y los magistrados que la favorecen con parcialidad manifiesta. Cubanos: esta batalla hay que ganarla.

Palabras de Alfredo Guevara en programa radial de Eduardo Chibás, CMQ, 20 de marzo de 1949.

Un texto poco conocido de Alfredo Guevara.

... siempre me llamó sobre manera la atención el tipo de escucha de Alfredo. Diosnara Ortega

Uno de los principios de Alfredo era *Aclarar las Aclaraciones*.³ Con ello debe reconocerse el carácter de polemista y a su vez de generador de polémicas que fue durante su trayectoria como intelectual y “dirigente”. Sabía que el debate era cosa pública y le hacía bien a la esfera pública. La tríada Revolución-Cultura-Intelectualidad fue un eje de su quehacer desde los

sesenta. El debate encarna en la obra de Alfredo Guevara el medio para la producción de pensamiento y de acción política por medio de la deliberación. Por ello el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano no fue nunca concebido por él como un certamen de muestra y concurso cinematográfico, sino ante todo un gran laboratorio de creación de debate, de ideas. Pienso que si Alfredo Guevara hubiera minimizado la polémica, la diversidad y el disentimiento habría sido un hombre más de su generación, un cuadro político, y fin de la historia. Pero Alfredo, que fue un hombre de su generación, se “elitizó” dentro de su propia generación. Este tal vez haya sido uno de sus pecados visto desde distintos ángulos. Fue un elitista raro que no cerró nunca el diálogo ni de un lado ni otro. Esa capacidad suya de conversación intergeneracional fue significativa, a veces, o muchas, desde una postura *adultocéntrica*. Era parte de una generación, pero a diferencia de otros no enmarcó ese diálogo, no lo prefiguró. Los hombres y las mujeres de pensamiento ven más allá de sí mismos y sus limitaciones.

Siempre me llamó sobre manera la atención el tipo de escucha de Alfredo. Un principio para la polémica es ser un buen oyente, es practicar el arte del silencio y no solo el de la palabra rápida. Él era simplemente deslumbrante en eso.

Hace unos meses un amigo, otro gran intelectual cubano que admiro, me dijo bajito a propósito de los tiempos actuales en Cuba: “No se puede ser bueno y funcionario a la vez. Es una ley física. Pero siempre se puede ser decente”.

Entonces valdría la pena volver a Alfredo Guevara por estos días. El “desprecio por los intelectuales” y la “humillación de la dignidad intelectual” no son nuevos en Cuba, su antídoto es el debate público y democrático. Los que seguramente piensan esto es un tema “histórico”, del pasado, que nada le dice al presente de Cuba y que hay cosas más urgentes a las que atender —que seguramente también— no solo se equivocan sino que contribuyen a hacer creer que el presente comienza cada día. El *Hoy*⁴ no empieza los *Lunes*⁵ precisamente.

Notas:

¹Alfredo Guevara: Entrevista realizada por Faride Zerán en La Habana y publicada en revista Rocinante no.41, Santiago de Chile, 2002.

2 Su autor publicó este texto en su página de *Facebook*, en diálogo con el de Ignacio Ramonet que introduce esta serie. Se publica aquí con su autorización.

3 Aclarando Aclaraciones fue la última repuesta de Alfredo Guevara a una polémica iniciada por Blas Roca en el periódico Hoy, fundado como medio principal del Partido Socialista Popular, el cual se publicó entre 1938 y 1965, y que tuvo distintas etapas (1938-1953) (1953-1958) (1959-1965).

4 Periódico del Partido Socialista Popular entre 1938-1965.

5 Suplemento literario semanal Lunes de Revolución (1959-1961). Fue dirigido por Guillermo Cabrera Infante y se convirtió en una de las plataformas de crítica y polémicas culturales durante su corto período más importantes dentro de Cuba. El 6 de noviembre de 1961 fue cerrado, cinco meses posterior a “Palabras a los Intelectuales” (30 junio 1961) y nueve meses posterior a la Invasión a Playa Girón (17-19 abril 1961). Solo se refieren ambos símbolos “Hoy” y “Lunes”, para recordar los precedentes históricos y a la vez, que ambos, desde posturas ideológicas distintas y hasta antagónicas, llegaron a su fin.

Alfredo Guevara: No es fácil la herejía. Un perfil a varias voces (IV y final)



Alfredo Guevara. Foto: Kaloian Santos.

Este *dossier*, que aquí termina, coloca a Guevara, con la responsabilidad propia de la honestidad intelectual, en la conversación que necesitamos sobre la renovación del socialismo en Cuba, algo que de modo casi “obsesivo” ocupó en particular los últimos años de su vida: un tema que defendió siempre como un programa conjunto de “libertad, justicia y belleza”. En medio de esas disputas, el *dossier* hace suya la frase del historiador francés Pierre Nora: “Ha sido lanzada la orden de recordar, pero me corresponde a mí recordar y soy yo quien recuerda.”

En esta entrega intervienen el crítico de cine Gustavo Arcos Fernández-Brito, el cineasta Esteban Insausti, el jurista y profesor René Fidel González García, la filósofa y politóloga francesa Janette Habel, los periodistas Darío Alejandro Escobar y Raúl Garcés Corra, la traductora Margarita Alarcón Perea y la programadora de cine, en el [FINCL](#), Elvira Rosell.

...esa creencia del poder transformador del cine, hizo que algunas cosas se trocaran en ese camino y hay gestos que no debemos pasar por alto. Gustavo Arcos Fernández-Brito.

La vorágine de acontecimientos que acompañaron a la Revolución en sus primeros años solo puede ser entendida, si acaso, por aquellos que la vivieron. Suele decirse que la memoria es selectiva y, por tanto, traicionera. ¿Hasta dónde puede ser confiable un testimonio? ¿Qué certezas nos transmiten los artículos o fotos de la prensa? ¿Qué hay detrás de la gran Historia que cuentan los libros? ¿Qué imágenes quedaron fuera del cuadro fílmico?

Se nos ha invitado a recorrer algunos de esos momentos iniciales, especialmente los vividos por Alfredo Guevara y su vasta obra detrás del ICAIC o la cultura cubana.

Pienso entonces en lo subjetivo que puede ser todo, en cómo cada uno se aferra a ciertos acontecimientos y gestos que nos colocan en zona de confort. Imagino al hombre que, desde sus estudios universitarios, se siente fascinado por la personalidad del líder que llevaría adelante esa revolución.

Una cercanía y fidelidad que le será devuelta cuando integra más tarde, el selecto núcleo de pensamiento que diseña las primeras leyes de la nueva Cuba. Es el instante en que mientras se discute, qué hacer con los bancos, la tierra, el ejército, las industrias, el comercio y tantas

cosas vitales, encuentra tiempo para escribir una ley de cine que, curiosamente, es firmada antes que las otras. Y uno entonces tiene que preguntarse por qué es tan importante ese arte, cuando tienes delante otras cuestiones de mayor urgencia.

Creo que Alfredo convenció a todos de que no hay mejor aliado de una revolución que su imagen. Las acciones son relevantes, pero su alcance puede ser local, circunstancial. Las imágenes, por el contrario, tienen un poder extraordinario, reproducen un fenómeno, pero también lo idealizan, trabajan sobre mitos y crean algunos nuevos. Manipulan, denuncian, reflejan, sensibilizan, y especialmente en aquellos convulsos años 60, muchos vivían convencidos de que un filme podía cambiar el mundo.

Un recorrido por varios de los festivales más importantes de entonces (Italia, Francia, Chile) encontrará a Alfredo Guevara, a Julio García Espinosa y a Tomás Gutiérrez Alea enfrentados a otros cineastas, en un debate sobre el rol del artista en medio de un proceso de transformaciones sociales. ¿Por qué debemos hacer cine? ¿A quiénes van dirigidas nuestras películas? El cine era un arte, pero debía ser antes que todo, activismo. Mirar la sociedad para confrontarla.

Quizás esa propia pasión, esa creencia del poder transformador del cine, hizo que algunas cosas se trocaran en ese camino y hay gestos que no debemos pasar por alto.

¿Por qué subestimar y negar todo el cine anterior realizado en el país? ¿Por qué apenas se promueve la realización del cine de género en Cuba? ¿Por qué cada cineasta parece más interesado en trascender con su obra que en encontrar al público? ¿Por qué hay tantos asuntos que apenas se han abordado en el cine cubano?

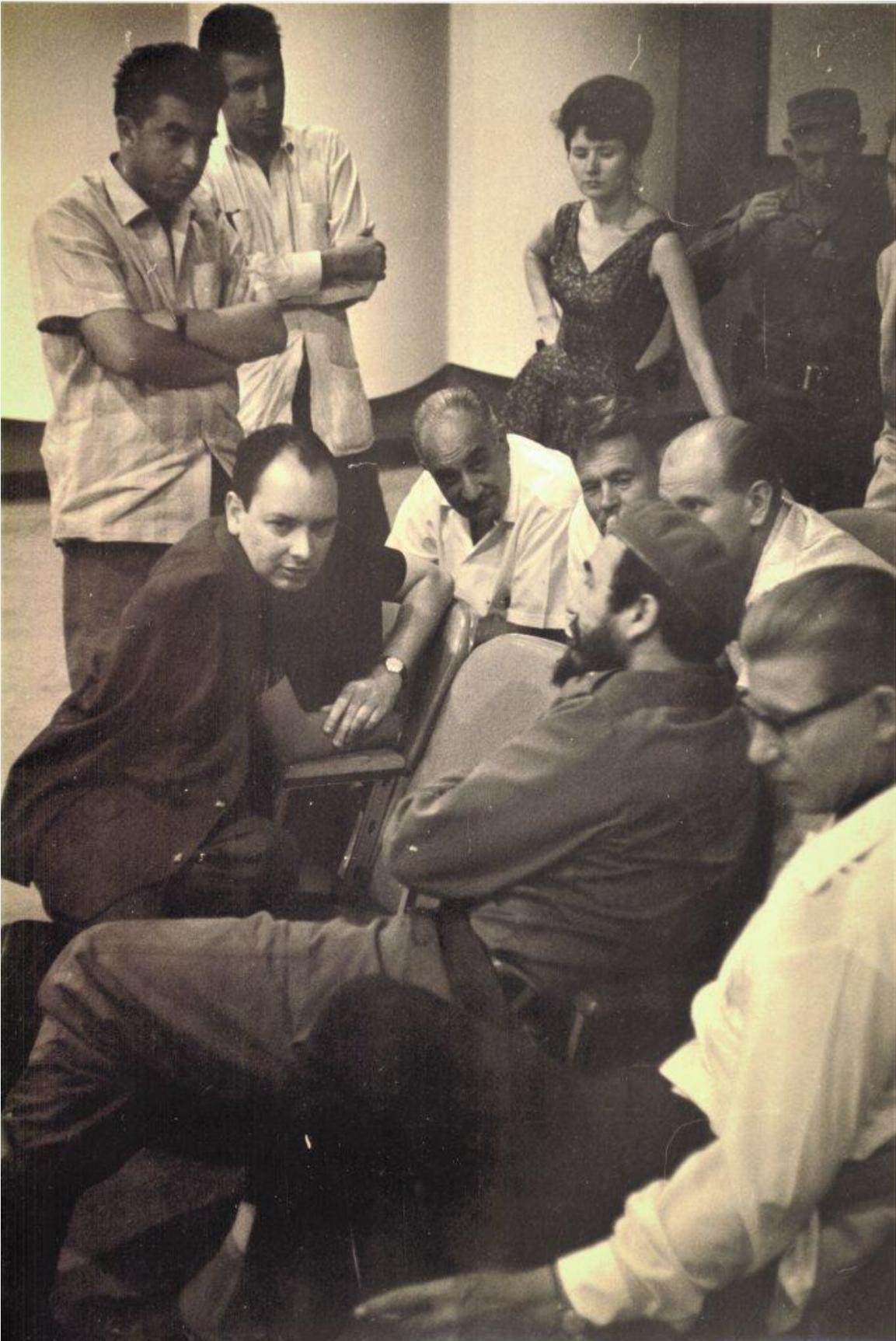
Las respuestas pudieran estar en las marcas trazadas desde su inicio cuando, por una parte, se decide estrenar *Historia de la Revolución* la película épica de Tomás Gutiérrez Alea, antes que *Cuba baila*, el melodrama familiar de Julio García Espinosa, terminada primero.

Estaba claro cuáles eran las prioridades. El poder simbólico de una, pesaba más que cualquier otra lógica. En similar sentido, sabemos que el realizador más relevante del cine cubano hasta ese entonces, Ramón Peón le escribe una carta a Alfredo quedando a su disposición en el nuevo cine que estaba por conformarse. Su experiencia de 40 años tras las cámaras fue rechazada y Peón tuvo que emigrar.

Meses después, el lamentable *affaire* alrededor de *PM* (Orlando Jiménez Leal/Alberto Sabá Cabrera Infante-1961) que terminó con la prohibición de su estreno en cines, resultó premonitorio de lo que estaba aún por venir. Marcó un parteaguas en el diseño de la política cultural del país. Alfredo participó de la censura, propuesta por una comisión adscrita a la propia institución. Sus ecos, como ya se sabe, conformaron todo el entramado de ideas, funciones y sentidos que acompañarían a la cultura dentro de la Revolución.

Guevara no estaba solo en la dirección del ICAIC, pero su personalidad y carisma supieron imponerse. Su figura pudo crecer también, porque otros grandes artistas estaban allí junto a él, en un camino que no fue trazado sobre un lecho de rosas.

En gran medida, el ICAIC debe su existencia y renombre a la figura de Alfredo Guevara, su vocación humanista, su visión de integrar todas las artes, de concebir el cine como un proyecto cultural de amplio alcance, fueron definitorios, pero no debemos olvidar que nada de eso hubiera llegado a feliz término, si no existiera su amistad y compromiso personal con Fidel Castro, un detalle (¿?) que salvó muchas veces a la industria en su lucha contra el dogmatismo y la burocracia cultural.



Fidel Castro, Alfredo Guevara y el staff de Soy Cuba (1963) en el ICAIC.

No era necesario explicarle qué era el estalinismo. El prestigio de la Revolución cubana era inmenso [y] había tomado caminos diferentes... Janette Habel.

Conocí a Alfredo en Cuba, a mediados de los años 1960, gracias a Michèle Firk, una joven cineasta francesa llegada a trabajar al ICAIC para realizar un documental sobre la Revolución cubana.

Nos reencontramos más tarde, en París, cuando Alfredo estuvo vinculado a lo largo de la década de los ochenta, a la UNESCO, de la cual fue embajador entre 1987 y 1991.

Asistí cuando el presidente Mitterrand —que en esa ocasión denunció el “estúpido embargo” impuesto por los Estados Unidos— le otorgó la condecoración de la Legión de Honor.

La duración de ese cargo diplomático fue excepcionalmente larga. No conocemos la razón del por qué tanto tiempo lejos de La Habana. Algunos dicen que había sido apartado a resultas de numerosos diferendos que Alfredo había tenido con los dirigentes del PSP [Partido Socialista Popular, antiguo Partido Comunista Cubano].

Desde 1963, el ex secretario general del PSP, Blas Roca, había criticado duramente la programación del film de Federico Fellini, *La Dolce Vita*. Alfredo contestó, entonces las concepciones culturales puestas en vigor en la URSS, el “realismo socialista”, los “héroes positivos”, “los arquetipos”, “la moral constructiva”. “El arte no es propaganda,” afirmaba Guevara.

En 1974 había criticado un proyecto de resolución del Comité Central sobre la política cultural del Partido. El texto denunciaba “la difusión de manifestaciones decadentes y corruptoras de procedencia extranjera, los supuestos homosexuales, perversos, la violencia sexual y pornográfica “de ciertos films”.

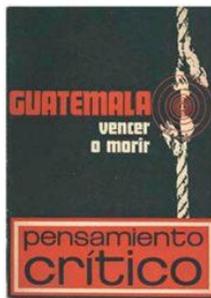
El ICAIC y su director eran el blanco de tales críticas. Era el inicio del decenio gris (los *años de plomo* cubanos) de los que Alfredo Guevara fue un crítico precoz.¹

Alfredo era un diplomático fuera de lo común. Lejos de los círculos oficiales había tejido, en París, lazos con numerosos intelectuales, pero también con nuestra generación, surgida

del mayo de 1968, en ruptura con el Partido Comunista Francés. Nuestras críticas al régimen soviético hallaron en él a un interlocutor receptivo.



Pensamiento Crítico 14
Marzo 1968



Pensamiento Crítico 15
Abril 1968



Pensamiento Crítico 16
Mayo 1968



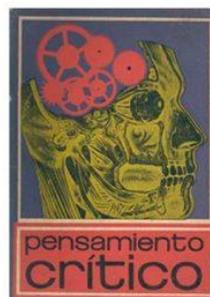
Pensamiento Crítico 17
Junio 1968



Pensamiento Crítico 18
Julio 1968



Pensamiento Crítico 19
Agosto 1968



Pensamiento Crítico 20
Septiembre 1968



Pensamiento Crítico 21
Octubre 1968

Revista Pensamiento Crítico (1967-1971) Su colección puede consultarse [aquí](#) en pdf

No era necesario explicarle qué era el estalinismo. El prestigio de la Revolución cubana era inmenso. Había tomado caminos diferentes, encarnaba a nuestros ojos una tercera vía alternativa ante el descrédito evidente de la URSS. Tratábamos de comprender esa revolución socialista hecha sin el PSP y, tal vez, incluso, contra éste.

Entre la juventud estudiantil francesa se confrontaban dos políticas revolucionarias: los “maoístas,” defensores del Libro Rojo, y los “guevaristas”.

En la Sorbona, el sector Letras de la Unión de Estudiantes Comunistas había sido el primero en publicar en Francia un folleto con el texto de Che: *El Socialismo y el hombre en Cuba*, desde su aparición. Fue ocasión para numerosos debates sobre la transición al socialismo.



Ernesto Che Guevara y Alfredo Guevara.

Alfredo explicaba el proceso insurreccional cubano, subrayaba las “divergencias de principio” que le hicieron oponerse a la orientación del PSP, cuya historia, como la del Partido Comunista Francés, estaba contaminada por el estalinismo.

No había ambigüedad alguna en su discurso, se declaraba marxista, pero condenaba el cáncer del dogmatismo, del sectarismo y del oportunismo, que a menudo andaban de la mano. Le escuché revisar la historia cubana y latinoamericana.

Tras su retorno a Cuba defendió un film —*Alicia en el Pueblo de Maravillas*, de Daniel Díaz Torres— que el Departamento de Orientación Revolucionaria quería prohibir. El *film* fue finalmente proyectado durante algunos días en La Habana.

Alfredo quería conciliar el compromiso político con la creatividad cultural. La cultura popular no era para él sinónimo de obrerismo o de nivelación por abajo; extendió dicha batalla a los planos ideológico y político.

“**Ser hereje es ser revolucionario,**” declaraba Alfredo, en 1997. Deseaba transmitir esa convicción a las nuevas generaciones.

Durante los últimos años de su vida, no dudó en participar en debates, a veces polémicos, como fue, entre otros espacios, el de la revista **Espacio Laical**. A quienes le criticaban respondía que la batalla ideológica era la garantía más segura para la defensa de la Revolución.

Manténía antiguos lazos de amistad con Monseñor Carlos Manuel de Céspedes. Gracias a Alfredo, pude entrevistarme con él, eminente representante de la cultura nacional cubana.

El último recuerdo que tengo legado por Alfredo es una colección de la revista *Pensamiento Crítico*.²



Alfredo Guevara.

...las diferencias entre un socialismo ineficaz y un capitalismo injusto podrían llegar a ser mucho menor de lo que parecen. Esteban Insausti.

“Uno no se puede realizar en la nostalgia”

Alfredo Guevara

Para Alfredo, lo cito: “... era imposible regimentar la creación artística a partir de un punto de vista inmediateista y utilitario como no es posible reducir la conciencia, el hombre, al

cumplimiento de sus metas diarias. Solo avizorando el porvenir, comprendiendo la vida en su conjunto o buscando comprenderla, el hombre puede encontrar fuerzas para realizarse, superar su propio ser, y contribuir a que igual fenómeno se produzca en la sociedad en que vive. ¿De qué otro modo puede hablarse de una conciencia socialista?...”³

Alejarse del influjo de la “anarquía libertaria” le acercó a Mella, Mariátegui, Plejánov, Trotski, Unamuno, Gramsci entre tantos. Alfredo supo seguir voces y no ecos, y a la vez, para hacerse escuchar, debió dejar atrás muchas veces las cautelas del pragmatismo político de orden. Como a Foucault, le preocupaba la pérdida de un relato coherente de todas aquellas crisis que sobrevivió, desde la económica, la del arte, la sociedad, la ciencia hasta la ideología.

Su sistema crítico de valores se fraguó en esa pugna, como diría Savater: “entre lo que es y lo que debería ser”. En ese sentido, se armó de una poderosa resiliencia, una ecología de saberes que le llevó a comprender muy pronto que crisis no es necesariamente sinónimo de fatalidad y catástrofe, sino también de mutación, que democratizar significa transformar relaciones desiguales de poder en relaciones de autoridad compartida, y que en tanto, el debate se antojaba urgente, impostergable.

Sospecho, entonces, que Alfredo temía muy tempranamente por el conflicto que generaría la crisis derivada de la contemplación atónita y acrítica al que nos llevarían los viejos dogmas y valores de entonces ya en desuso, creando un constructo moral y ético que detestaba, entre otros males, al “artista correcto”, propenso a caer en la filosofía de la conveniencia, la hipocresía y el panfleto (sin arte).

Por complejo que pueda resultar una posición política en la toma de partido, quien se ha definido como un intelectual siempre tendrá la capacidad de optar entre los intereses de opresores y oprimidos así como sus demandas sociales, culturales y políticas, no obstante, Alfredo, como Carlo Frabetti, sabía que el intelectual tiene una responsabilidad tan específica como grave: la crítica sistemática a los argumentos esgrimidos por cualquier forma de poder, así como el cuestionamiento radical y continuo del “pensamiento único” que pretendan imponernos.

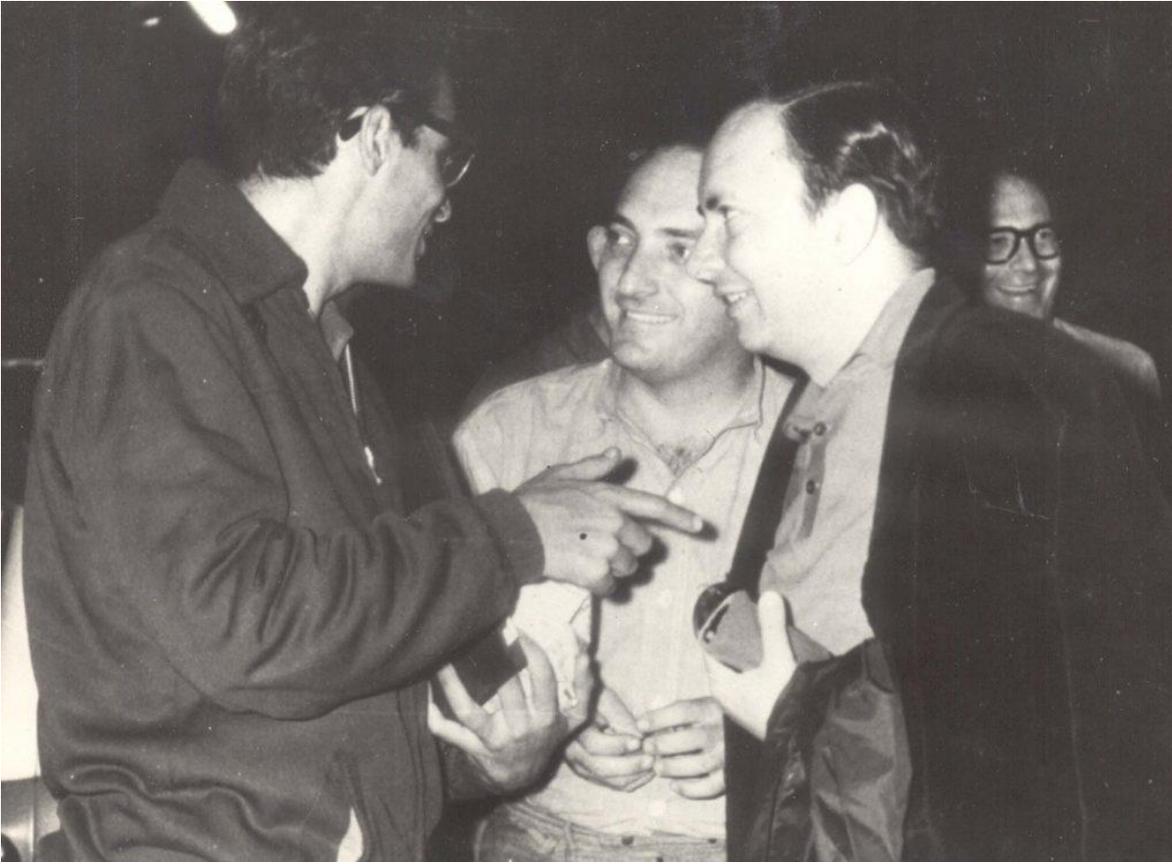
“...En ese marxismo estático, copista y rutinario, que busca desesperadamente fórmulas para sintetizar en unos trazos las soluciones que deban aplicarse a los más tormentosos problemas,

es el que nosotros rechazamos...” decía Alfredo, en sus encarecidas réplicas a los dogmáticos y oportunistas de entonces.

De las lecciones del pasado, y como crítico observador de su presente, se percató muy a tiempo del déficit de debates sobre el futuro palpable, en una sociedad que comienza a no generar más y nuevas utopías. De ahí quizás, su obsesión por la memoria, sabía que una sociedad que pierde ese horizonte de futuro está obligada a mirar a su pasado, en un intento desesperado por detener lo que sin lugar a dudas sustituyó aquella utopía, la distopía, alimentadas sobre todo por la industria cultural.

Así, se convirtió él mismo en un contradictor del poder, un *nexialista*⁴ guiado por la razón y no por la pasión que le permitió mantener una postura muy crítica, incluso con aquello que comulgaba y que le era sagrado, aquello por lo que también arriesgó hasta la vida.

Con luces y sombras, como cualquier mortal, Alfredo observaba la realidad desde el pragmatismo más realista, vislumbraba que desde el punto de vista del ciudadano común llegaría un momento en que las diferencias entre un socialismo ineficaz y un capitalismo injusto podrían llegar a ser mucho menor de lo que parecen. De ahí su urgencia en procurar un debate público sobre estos y otros tópicos. Como el animal político que también fue, encauzó sus últimas fuerzas a advertir el enorme riesgo que esto supondría, en mi opinión, desde la más absoluta honestidad intelectual.



De izquierda a derecha, el documentalista uruguayo Mario Handler, Alfredo Guevara y Saúl Yelín.

...uno de los pilares más sólidos sobre el que puede refundarse una política cultural cubana más plural, culta, bella y profundamente socialista. Darío Alejandro Escobar.

El rumor corrió por los pasillos de la antigua Facultad de Comunicación de la calle G número 506, como una gran noticia. Esa tarde todos nos enteramos que habría una conferencia con el mítico Alfredo Guevara. Pronto supimos que la cita sería en el salón principal del Instituto Internacional de Periodismo José Martí. No recuerdo si se aclaró desde el principio que el otrora presidente del ICAIC (1959/1982 y 1991/2000) iba a permitir el intercambio, pero todos lo asumimos. Como entrevistadores profesionales en potencia, la mayoría nos guardamos una pregunta para hacerle a aquel luchador cultísimo con fama, muy bien ganada, de no tener pelos en la lengua.

El día señalado no cabía un alma en el local. Estaban el claustro de profesores, estudiantes de los cinco años de la carrera de Periodismo y también algunos ya graduados que no se querían perder el encuentro.

Recuerdo que Alfredo estaba frágil del cuerpo, caminaba lento, pero tenía una mirada muy firme, que pasaba de ser complaciente a pícaro, de cansada a fulminante en una milésima de segundo, como si al conocer la debilidad de su salud se valiera de aquel recurso para revelar a los interlocutores su ánimo.

Varios habíamos leído, en transcripciones que pasaban de un correo electrónico a otro, algunos de sus encuentros anteriores en las otras facultades y universidades; algunos pocos sus libros. Nos parecía realmente hermoso que un líder de su talla se acercara a los estudiantes, nos dijera sus verdades y, además, se arriesgara a nuestras preguntas.

En aquellos tiempos, como ahora, pululaban los cuadros políticos que no permitían casi nunca una entrevista sobre un tema medianamente relevante o siquiera un cuestionamiento incómodo, y para los muchachos que estudiábamos en la universidad en aquellos días era un ejemplo de valentía y coherencia.

Alfredo Guevara dio en esos meses una gran lección de política que todavía muchos no han entendido. Es muy saludable para una sociedad que sus líderes conversen con los jóvenes sin tenerles miedo y hablar directamente con ellos cada cierto tiempo. Escucharlos atentamente a todos, no solo a los militantes de organizaciones políticas y a los dirigentes estudiantiles en reuniones formales.

Yo lo sentí muy cercano. Me reconocí en él cuando hacía sus anécdotas de los años cuarenta y cincuenta. Recuerdo, como si fuera hoy, el comentario al vuelo que hice al amigo que me acompañaba: “cuando yo sea un viejo quiero tener ese swing”.

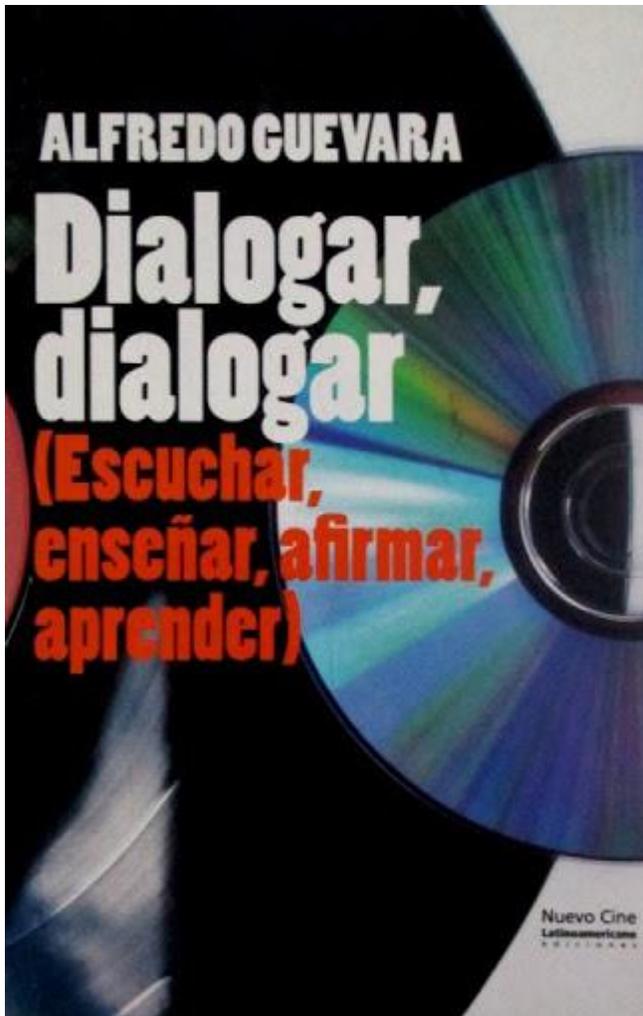


Alfredo Guevara. Foto Kaloian.

Alfredo nos habló, como a otros alumnos de universidades cubanas, sobre el valor de cultivar el conocimiento, de la belleza, de la importancia de luchar por las ideas en las que uno cree. Y aclaraba que sabía que no era fácil, pero que valía totalmente la pena. Peor era no luchar. Insistió en la militancia entendida como pasión. Fue, incluso, autocrítico.

Esa tarde le pregunté sobre cómo veía su generación el tema del periodismo digital y me respondió muy sinceramente. También recuerdo sus juicios severos, fue muy duro con el periodismo cubano, pero tenía razón. Por ahí están reunidas estas conferencias en un volumen que se nombra *Dialogar, dialogar*. Lo recomiendo.

En los últimos meses por motivos profesionales he estado investigando sobre su vida y obra, sus luces y sombras, sus errores y aciertos, y me parece que es uno de los pilares más sólidos sobre el que puede refundarse una política cultural cubana más plural, culta, bella y profundamente socialista. Esa tarde fue inolvidable y le agradezco a la vida haber estado allí.



“Dialogar, dialogar” primero fue el título de una conferencia de [Alfredo Guevara en la sede de la revista Espacio Laical](#). Esa frase también tituló el libro (2013) que recogió sus intervenciones ante auditorios estudiantiles y juveniles en varias provincias del país. Con ese título, existe asimismo desde 2013 un [blog, en “homenaje al destacado intelectual cubano Alfredo Guevara”](#), y un espacio de debate, coordinado por Elier Ramírez Cañedo, y con convocatoria de la AHS.

... nadie pudiera haber imaginado la manera en que iba a estrujar y sacudir, a conectarlos sueños de su generación con los de una nueva. René Fidel González García.

Se llamaba José Daniel Roibal Granados, pero nadie le conocía sino por el nombre de Patricia. Es posible que, salvo unas pocas personas, jamás nadie lo hubiese sabido si el periodista y poeta santiaguero Reinaldo Cedeño, pulsado prematuramente por el instinto de dar testimonio que es realmente el periodismo, no hubiese anotado y concordado su existencia en un par de crónicas tan hermosas como desoladoras.

Recuerdo perfectamente el día que conversaba con unos amigos en el parque Céspedes y Patricia, mujer transgénero, sentada con su imprescindible cartera y un periódico en un banco cercano nos interrumpió sin mayor miramiento: “Yo fui reprimida por protestar por la libertad de Ángela Davis”. Nuestra mirada y el gesto incrédulo harían el resto.

Nos contó entonces, y ahora entiendo que con más paciencia que necesidad de hacerlo, de aquella larga y entusiasta marcha que inundó la ciudad de Santiago de Cuba en algún año de inicios de los 1970, una entre tantas de aquellos años, precisó, a la que ella se había sumado gritando las mismas consignas de todos en apoyo a la intelectual y luchadora por los derechos civiles en Estados Unidos, nos dijo que el piñazo durísimo en el rostro, el sabor a sangre en la boca, los zarandeos y el ser sacada a rastro y con rabia de la manifestación por un par de hombres que la entregaron a la policía, los había experimentado como una secuencia en cámara lenta y completamente ajena a ella misma después de aquel primer: “¿y qué hace el maricón éste aquí?!” mientras se preguntaba una y otra vez: ¿por qué no puedo protestar por la libertad de Ángela Davis?

Si he hecho este ejercicio de memoria es porque, ante el pedido de escribir sobre Alfredo Guevara Valdés, no he podido evitar recordar una y otra vez ésta anécdota y la de un médico

muy joven que, en los días posteriores al fallecimiento de Guevara, reconociera con culpa y admiración en la persona que los medios y las redes sociales destacaban, a aquel hombre que una noche ya muy tarde entró en su consulta, solo y sereno, y que él, extenuado por los rigores de una guardia infinita, tomó por su exquisita forma de hablar y su vestuario como uno de esos ancianos delirantes y excéntricos, y al mismo tiempo extrañamente lúcidos, que la vida coloca, no pocas veces, en nuestro destino.

Hay, si se quiere, en esa encrucijada entre el anonimato y la vida pública, en ese recodo momentáneo de la soledad, algo más que el misterio de la otredad que sugieren las vidas paralelas.

Guevara tituló *¿Y si fuera una huella?* al libro que recogió su epistolario.



Presentación de *Y si fuera una huella* (2008). De derecha a izquierda, Ricardo Alarcón, entonces presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular; Alfredo Guevara; Abel Prieto, en ese momento ministro de Cultura; Francisco Galindo, Director de Fundación Autor, de la SGAE; y Julio César Guanche, en ese momento asesor de Guevara y luego Director Adjunto del Festival.

Otros, en ese esfuerzo de reflexión y memoria que es siempre cualquier homenaje, se detendrán en muchas de las huellas que dejó a lo largo de su vida. Yo no lo haré, Guevara está muerto.

Las huellas —su huella— no son, ni pueden ser, en sentido estricto, un camino para nadie. El caos de situaciones y circunstancias, de decisiones, que hacen a un hombre y a su época son realmente irrepetibles. La trascendencia, el legado mismo, es quizás apenas un espejismo de todo eso. Las huellas, sin embargo, nos hacen notar que alguien estuvo antes, también la ausencia, pero no hay forma de hacer ese hallazgo parcial de la existencia de un hombre que es una huella sin llegar hasta ella. Es preciso llegar hasta ella, ¿y después?

Guevara llegó a la Universidad de Oriente en 2011 sin que nadie pudiera haber imaginado con exactitud la manera en que iba a estrujar y sacudir, a conectar, a fuerza de autenticidad y rigor, de honestidad y decencia, de sensibilidad y de una ternura curtida y por momentos áspera, los sueños de su generación con los de una nueva. Fueron apenas dos días, habló de la herejía como la forma más acabada de la lucidez que sirve, que es útil. Escuchó hablar de ciudadanía. Eso bastó. Parte de su biblioteca personal llegaría después de su muerte casi clandestinamente a Santiago de Cuba en cumplimiento de un compromiso personal que honró minuciosamente.

El ser nombrado Fernando, Eusebio, Alicia, o Alfredo, es algo sin mayor importancia. Sin embargo, estos nombres —y otros— contienen hoy en Cuba una alerta para quienes han llegado hasta el lugar de la huella: hay que seguir, hay que arrostrar, y perseverar, en definitivas, ni siquiera hacen falta zapatos para hacerlo. Siempre hay un miedo que perder y un sueño por hacer.



Alfredo Guevara y Haydee Santamaría.

...»Conmigo no cuentas para que la revise, estoy convencido de lo que dije, y creo en ti. Haz con ella lo que quieras.» Raúl Garcés Corra.⁵

Si algo no aceptaba Alfredo Guevara era la falta de complejidad, la falta de rigor y profundidad en las ideas. Ante su carencia, era literalmente intolerante.

Trataré de ser fiel aquí a la responsabilidad de recordarlo con el rigor que exigía a sus propios actos. Recuerdo bien aquellos espacios [2007] que auspició Guevara —con la coordinación de Guanche— en el Festival, con el objeto de pensar el país. En principio, aquellas sesiones parecían no tener nada que ver con el cine. Luego, en la medida que varios nos adentramos en la historia del cine latinoamericano, comprendimos que la fundación de ese cine tenía que ver con pensar el continente a la vez que sus respectivos países, y con dotar tal cine de un proyecto contrahegemónico crítico, a la vez que informado, y a través de todo ello singularmente universal.

Por ese camino, comprendí que pensar el país y hacer el Festival eran parte de un mismo y único proyecto.

Alfredo convocó a esos espacios a muchas personas “ajenas” al mundo del cine, de generaciones muy diferentes. Compartiendo edad, estábamos allí Milena Recio, Julio César Guanche y yo mismo, pero a la vez Berta Álvarez, la gran historiadora, Armando Fernández Soriano, el sociólogo y ecologista, o Víctor Fowler, el ensayista, por solo algunos ejemplos. Viví allí un espacio de escucha y diálogo, en el que Alfredo, con todo su poder, se colocaba en el mismo lugar que tú, y no imponía su fuerza o poder simbólico para intervenir el encuentro. Se trataba de un diálogo reflexivo atravesado por el lugar que se daba en él al argumento.

En todo ese proceso, aprendí a respetar a Guevara no solo por su condición de cineasta e intelectual, sino como un gestor de cultura que sabía escuchar. Propiciaba algo muy distinto a esos “diálogos” que se cierran apenas algo suena de modo disonante a los oídos con los que se interactúa. La suya era una escucha genuina.

Cualquier que tuviese acceso a ese Alfredo Guevara puede entender por qué fue un hombre de éxito dirigiendo la cultura, en medio de las muchas batallas que debió enfrentar.

Y si fuera una huella, esa colección de cartas e intercambios de diferentes momentos de la historia del ICAIC, es un ejemplo de dicha capacidad de diálogo.

Era un diálogo en disputa, y lo era con figuras de la talla de Tomás Gutiérrez Alea, entre otras figuras claves del cine y la cultura en Cuba y el mundo. En sus páginas es evidente cómo se reconoce la calidad de los interlocutores, sobre la base del respeto intelectual y la comprensión de que lo dicho por el otro no era una estupidez, sino una necesidad de encontrar razones, algún tipo de justificación, para discutir sus ideas en el trance de respetarlas.

La “metodología” de epistolarios como ese han marcado mi forma de comprender la importancia del diálogo real, sobre todo, en la gestión y la dirección de la cultura.

Una vez le pregunté, en un programa de televisión llamado *Privadamente Público*, qué relación debe existir entre un gestor de cultura y un creador. Me respondió que el gestor tiene la tentación del burócrata, de trabajar en su oficina como funcionario tomando decisiones. En cambio, el verdadero gestor habilita espacios, abre puertas, facilita que el creador pueda hacer su trabajo en libertad.

A la par, no idealizaba esa relación y la manejó con criterios tan firmes para la inclusión como para la exclusión. Respecto a esto último, buscó discernir entre la hojarasca y el valor, lo que tenía importancia como fuente de cultura y lo que no podía alcanzar trascendencia.

Esas prácticas le trajeron conflictos y enemigos. Guevara tenía muchos amigos que lo que querían de manera profunda, y también contaba con enemigos que sabían que no encontrarían en él una persona “fácil”. Sin embargo, en mi experiencia vi que ello no era obstáculo incluso para que algunas de esas mismas personas le mostrasen respeto en medio de las diferencias.

Esa entrevista que mencioné en TV fue temeraria para mí. Era temerario entrevistar a Guevara. Te desafiaba, te retaba a reconducir la entrevista hacia otros lugares. Era un entrevistado realmente difícil. Para más, no le gustaba demasiado la TV, la tenía como un medio “simple”, y así lo dijo muchas veces, con opiniones similares a las que Pierre Bourdieu ha expresado sobre ese medio.

Guevara era de desarrollar en largo sus ideas. Mi programa era de media hora, con un tiempo específico para preguntas y respuestas. A los 5 ó 10 minutos yo estaba tratando de recortar sus palabras. Y me espetó: “así no vamos a ninguna parte. Si será así, paramos, y terminamos esto”. Para mí fue una situación crítica, pero conseguimos seguir. Cuando terminamos, debido a la tensión que vivimos en ese momento de la entrevista sentí el deber de decirle que

podía enviarle copia del programa editado, antes de emitirse. Me respondió con rectitud: “Conmigo no cuentas para que la revise, estoy convencido de lo que dije, y creo en ti. Haz con ella lo que quieras.”

La cuestión es que si Alfredo creía en ti, creía en ti. No lo hacía a medio tiempo, no lo hacía un día sí otro no, en dependencia del clima de opinión, o en dependencia de hacia dónde soplase el aire del momento. Creía en ti en todas las circunstancias y apostaba por la libertad que necesitabas para tu trabajo. En esa confianza, en esa libertad, hay un punto de partida muy fecundo para dar cauce a cualquier proceso cultural. Comento todo esto, al recordarlo, con una mezcla de alegría y nostalgia. Estoy convencido que Alfredo Guevara fue un hombre que hizo y hace mucha falta a la cultura cubana.

...esa maña que siempre has tenido de querer rodearte de gente joven. Margarita Alarcón Perea.

Desde pequeña tuve la suerte o desgracia de conocerte. Y digo “desgracia” por algo que solo un niño puede entender, que es tener ocho años y estar sentado en una sala del ICAIC viendo un *double feature* de *Mella* y *El Hombre de Maisinicú* cuando uno prefería andar con los primos en el mar. Pero en fin... eso ya lo hemos hablado.

El *quid* es que con el paso del tiempo me fuiste conociendo y no sé cómo, de qué manera viste algo que te llevó un buen día a llamarme —a través de Mimí [Noemí Fonseca] claro está— para pedirme me presentara en la oficina. Y así hice. Te confieso ahora que en aquella primera ocasión temí que era para regañarme por ver demasiadas películas durante el festival, o por no ver las suficientes.

El caso es que fui y me sorprendí: querías que estuviera a tu lado todos los días desde que comenzara ese Festival y hasta que clausurara. Venían muchos gringos y sobre todo prensa, te habían pedido entrevistas y no querías depender de otra voz que no fuera la mía a tu oído y al del interlocutor. Yo trabajaba en los Estudios Abdala para entonces y cuando llegó tu carta solicitando mi presencia partí rauda y veloz a tu vera.

La gran ventaja de pasar esos diez días al año contigo, nunca te lo había dicho, y contrario a lo que debes pensar, no era el *cheesecake* extraordinario ni poder conocer a todas esas estrellas de cine y del glamour del momento, era estar a tu lado y poder absorber todo lo que brindas, que es tanto.

Porque fíjate Alfredo, no es solo tu intelecto y capacidad de análisis y de visión, es tu forma de dirigirte a los jóvenes, esa maña que siempre has tenido de querer rodearte de gente joven, no tanto para dictarles, como para aprender de ellos y al hacer eso, saber que decirles exactamente para que hagan lo que deben y sería mejor. ¡Era pasarme días con Ariel Wood, con Darsi Fernández, Camilo Pérez Casal y Julio César Guancho, coincidir con X Alfonso porque de repente lo convidabas por algo que habías visto y pensabas podía funcionar! ¡Qué manía de tener esa cabeza trabajando a tiempo completo las 24 horas del día!

¡Dónde me iba a topar yo con Victoria Ryan Lobos llevando un libro más grande que ella bajo el brazo apenada por no querer interrumpir o servirte de puente con Frank McCourt cuando segundos antes me dices “este es el autor de las Cenizas de Angela, debes leértelo...” y claro que me lo leí, ¡lo tengo en el librero!

Recuerdo momentos donde desesperado por errores cometidos o meteduras de pata cuasi fatales, y a pesar de estar cabrón, no lo manifestabas y siempre estabas listo para aceptar una disculpa o incluso tirar una toalla antes de tiempo. A tu lado y por ti hice grandes amistades que se volvieron manos derechas y confidentes eternos, hermanos, ángeles guardianes y apoyo total.

Fueron años verdaderamente divertidos, y se fueron convirtiendo en los diez mejores días de cada año. Gracias a ti conocí a trozos enteros de historia de Cuba en forma de seres humanos, humanizados al poder verlos a través de tu luz; me llevaste de la mano para ver mejores aristas de la historia de la Revolución Cubana y de muchos de sus protagonistas que nunca olvidaré y que no te preocupes, no divulgaré, al menos no, así como así.

Me vas a tener que perdonar, pero ni Max ni yo vamos más a los festivales, no podemos, ya no nos da tiempo, ni ganas, al menos hasta que no regreses,

Y mi amor.

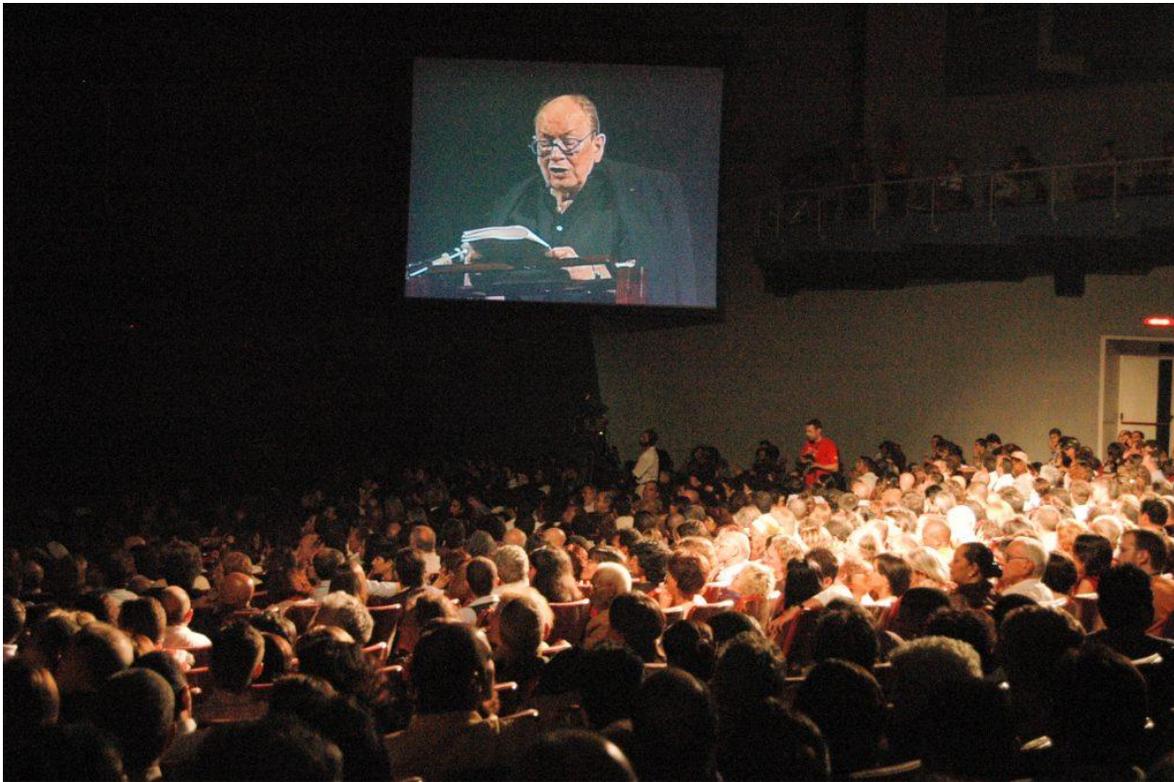


Imagen de Alfredo Guevara, en un Festival. Foto: Kaloian.

...Más allá de simpatías; no todos lo entendimos, pero nos unifica el respeto y la admiración. Elvira Rosell

Entré a trabajar en el ICAIC bajo el “gobierno” de Alfredo Guevara. Años después, empecé a trabajar en el Festival también durante su mandato y con personas formadas bajo su visión. En ambos casos me alegra mucho que así haya sido. Nunca fui de sus trabajadoras más cercanas, pero reconozco que en mi formación, mi interés por superarme dentro de la institución y en lo intelectual personal, mucho tuvo que ver con el ambiente creativo y de superación que se respiraba en cualquier dependencia que perteneciera al ICAIC.



Equipo de trabajo actual del Festival. En primer plano, con pullover amarillo, Elvira Rosell.

Éramos élite, sí, (ahora lo veo así) porque detestaba la mediocridad, no importaba si eras el cocinero, tenías que ser buen cocinero, debías superarte a ti mismo. Mas allá de simpatías; no todos lo entendimos. Creo que los sentimientos que nos unifican como trabajadores con Alfredo Guevara es el de respeto y admiración.

José Martí es nuestra inspiración. Él quiso y luchó por la independencia y la soberanía, también por educarnos en la voluntad de restañar heridas cuando fuese posible, en la solidaridad con América Latina toda, sensibles a la multiplicidad étnica y la unidad cultural en la diversidad de las identidades, en una visión humanista y universalista. Sembró en nosotros conceptos esenciales “Patria es humanidad”, y “ser cultos para ser libres”.

José Martí, culto como los enciclopedistas, combatiente ilímite como un Aléxandros, es nuestro ideal del intelectual: aquél en quién el pensamiento deviene acción creadora. Su creación fue Cuba.

Alfredo Guevara Valdés (1925-2013)

Alfredo Guevara sobre José Martí.

Notas:

- 1 La frase aquí aludida, que tiene como autor a Ambrosio Fornet es “quinquenio gris” (1971-1976). Se ha mantenido la expresión de la autora de llamarlo “decenio”.
- 2 Este texto fue escrito por su autora en francés. Raúl Roa Kourí lo tradujo tan generosa, como rápidamente.
- 3 Alfredo Guevara en *Hoy*, 21 de diciembre de 1963.
- 4 Es un término proveniente de la ciencia ficción. Entrelaza de alguna manera lo teórico y lo práctico. El nexialista posee un fuerte componente humanista. Isaac Asimov lo trabaja en textos como “Engañabobos” y “Profesión”. Otra acepción del término puede definirse como “ciencia ficticia cuya misión es la de evitar que la continua especialización de los científicos

provoque que no se entiendan entre sí”. También se refiere a pensamiento amplio e integrador (Nota de Esteban Insausti)

5 Conversación de Raúl Garcés con Julio César Guanche en diciembre de 2018, que el primero ha autorizado a reproducir ahora para este *dossier*.

Fuentes

<https://oncubanews.com/opinion/columnas/la-vida-de-nosotros/alfredo-guevara-no-es-facil-la-herejia-un-perfil-a-varias-voces/>

<https://oncubanews.com/opinion/columnas/la-vida-de-nosotros/alfredo-guevara-no-es-facil-la-herejia-un-perfil-a-varias-voces-ii/>

<https://oncubanews.com/opinion/columnas/la-vida-de-nosotros/alfredo-guevara-no-es-facil-la-herejia-un-perfil-a-varias-voces-iii/>

<https://oncubanews.com/opinion/columnas/la-vida-de-nosotros/alfredo-guevara-no-es-facil-la-herejia-un-perfil-a-varias-voces-iv-y-final/>